

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

QUIEN MAL ANDA EN MAL ACABA

PERSONAS que hablan en ella:

Don JUAN
ROMÁN Ramírez
Don FÉLIX
Don PEDRO
TRISTÁN
El DEMONIO
Otro DEMONIO
Doña ALDONZA
LEONOR, criada
Dos FAMILIARES
CRIADOS
MÚSICOS
GENTE

ACTO PRIMERO

Sale ROMÁN, vestido humildemente

ROMÁN:
Ni beldad ni gentileza
igual en mi vida vi.
Sin duda a sí misma aquí
excedió naturaleza.
Los miembros forma perfectos
soberana proporción,
y como la causa, son
milagro en mí sus efectos,
pues que su vista primera
tanto en mi pecho ha podido;
mas no fuera dios Cupido
si igual poder no tuviera.
Rindióme, hirióme, matóme

de una vez. ¿Quién puede haber
que tan divino poder
con humanas fuerzas dome?
¿Mas quién hay que sin ventura
se atreva a tanta beldad?
¿Cómo tendrá mi humildad
alas para tanta altura?

Sale TRISTÁN, de camino, dirigiéndose
a un mozo que está dentro

TRISTÁN:
Sacad las mulas, mancebo.

VOZ:
¡Cuerpo de Dios con la priesa! Dentro
Aun no me he puesto a la mesa.

TRISTÁN:
Caminando como y bebo
yo, como grulla, en un pie.
Ensillad.

ROMÁN:
Mientras es hora
de partir, esa señora,
me decid, ¿quién es?

TRISTÁN:
No sé.

ROMÁN:
Si el oficio entre su gente
de mayordomo ejercéis,
por qué causa respondéis
un "no sé" tan secamente?

TRISTÁN:
No os espante que del eco
guarde las leyes así;
que si seco respondí,
también preguntastes seco.
¿No dijérades siquiera,
"Hidalgo, saber quería,
si cabe en la cortesía,
¿Quién es esta pasajera?"

Y no, sin haber jamás
visto a un hombre, "Esa señora,
me decid, mientras es hora
de partir, ¿quién es?" Demás
que estoy con vos en pecado,
porque os he visto comer,
y ni vino os vi beber
ni tocino habéis probado;
y de hablar con vos me corro;
que quien no come tocino
ni vino bebe, es indino
de hablar ni escupir en corro.

ROMÁN:

El padecer corrimientos,
de flema y calor causados,
hace para mí vedados
esos dos mantenimientos;
y si con menos razones
que debiera os pregunté,
soy hombre llano, y no sé
cortesanas invenciones.
Yo hablé con sinceridad,
y con la misma os ofrezco
mi amistad.

TRISTÁN:

Yo lo agradezco;
mas porque hasta en la amistad
fuese también desdichado,
tengo el amigo primero
que he encontrado, por agüero,
que es lo mismo ser aguado.

ROMÁN:

Desde hoy no lo pienso ser
si con eso os obligáis.

TRISTÁN:

Pues a lo que preguntáis
es justo ya responder.

Don Francisco de Meneses,
cuanto desdichado, noble,
padre de esta hermosa dama,
que Aldonza tiene por nombre,

con ella y su casa toda
de Deza partió a la corte,
al pleito de un mayorazgo,
que hoy es ya de Aldonza el dote.
Venciólo al fin; mas no quiso
su fortuna que lo goce,
pues salió con la sentencia
la de su muerte conforme.
Aldonza, huérfana y sola
con esto, determinóse
a volver entre sus deudos
a Deza, su patria, donde
la espera ya, para ser
su esposo, don Juan de Torres,
mi señor, noble, galán,
rico y venturoso joven.
Y así, don Pedro, su primo,
que es el que veis, a la corte
se partió, para volverla
acompañando en su nombre;
que por no serle decente
antes que su mano goce,
no se atrevió a ser el mismo
precursor de sus dos soles.
Más que me habéis preguntado,
he dicho en breves razones
y adiós; que ya en la litera
la bella Aldonza se pone.

Vase

ROMÁN:

¡Ah cielos! ¿Quién vió salir
de purpúreos pabellones
pródiga el alba de rayos,
lloviendo perlas y flores;
quién tras la fiera borrasca
que formó tremenda noche
vió el hermoso Autor del día
bordar claros horizontes,
quién por capital sentencia
esperó suplicio enorme,
y en dichosa libertad
trocó las duras prisiones;
que no juzgue, bella Aldonza,
si a tu beldad las opone,

alba, libertad y día,
sombra, esclavitud y noche?

Sale doña ALDONZA, de camino, y don PEDRO,
escudereándola, y TRISTÁN, atraviesan el teatro

TRISTÁN:
Llegad, mancebos.

Vanse doña ALDONZA, don PEDRO y TRISTÁN

ROMÁN:
¡Oh Amor!
¡Dichoso don Juan de Torres,
que ha de gozar la belleza
mayor que el mundo conoce!
¡Ay de mí! Ya para entrar
en la litera recoge
las faldas. Amor, ¿qué he visto?
¿Qué nuevo inhumano golpe,
con breves puntos de un pie,
siglos eternos dispone,
tanto a los ojos de glorias,
cuanto al corazón de ardores?
¡Perdido estoy! ¡Estoy loco!
¡Muerto estoy! Ya el sol se esconde,
que deslumbra cuando alumbra,
y ciega cuando se pone.
Ya camina. ¿Qué he de hacer?
Por valles, prados y montes
seré alfombra de sus plantas
sombra de sus resplandores.
No puedo más... No soy mío.
Miente la opinión, que pone
siempre elección de los actos
en la voluntad del hombre;
miente que no hay albedrío;
ley es todo, todo es orden
dispuesto por los influjos
de los celestes orbes.
Pues te sigo, bella Aldonza,
forzado de mis pasiones,
como el acero al imán
y como la aguja al norte;
dictándome la razón,
que el imposible conoce,

por ser nuestros dos estados
en todo tan desconformes.
¿Quién, pues, me dará esperanza
de que algún tiempo la goce,
si diabólicos engaños
no ayudan mis pretensiones?
Que según estoy, no hay cosa
que no intente, no hay desorden
que no emprenda, no hay delito
que mi atrevimiento estorbe.
¿Hay un demonio que escuche
estas quejas, estas voces,
y por oponerse al cielo
dé remedio a mis pasiones?

Sale el DEMONIO, en forma de galán

DEMONIO:
Román Ramírez.

ROMÁN:
¿Quién es?

DEMONIO:
Yo soy el mismo que llamas,
que de las eternas llamas
vengo en la forma que ves,
a tus voces obediente,
y dispuesto a tu favor.

ROMÁN:
¿Qué dices?

DEMONIO:
Pierde el temor,
pues Amor es tan valiente.
Yo soy tu amigo, que soy
quien a tu abuelo ha servido
de familiar. Condolido.
Román, de tu pena estoy.
Pero pues de mí te vales,
pierde la desconfianza;
que o lograrás tu esperanza,
o a los reyes infernales
faltará el poder, la ciencia,
la industria, el arte y engaño.

ROMÁN:

Si al inevitable daño
de esta amorosa dolencia
das fin... (Detestable medio Aparte
es al que me determino;
mas si del cielo me vino
la desdicha, y no el remedio,
¿en qué dudo?) Una amistad
eterna hallarás en mí,
y en el mundo solo a ti
adoraré por deidad.

DEMONIO:

Pues con recíproco pacto
nos obligamos los dos:
tú a adorarme a mí por dios,
y yo, igualando al contracto,
a cumplirle, ese deseo,
y hacer que de Aldonza goces,
y que obedezca a tus voces
todo el reino del Leteo.
Riqueza, honor y opinión
de noble y sabio he de darte
y tras de todo, librate
del poder y la opresión
de las justicias, de suerte
que te valga mi amistad
eterna felicidad
en la vida y en la muerte,
pues si mi amigo leal
hubieras sido en el mundo,
..... [-undo]
te trataré como tal.

ROMÁN:

Pues con esas condiciones
me pongo ya en tu poder.

DEMONIO:

Atiende a lo que has de hacer
para que tus pretensiones
consigas. Tú has de mudarte,
para no ser conocido,
el nombre; que concedido
me es a mí desfigurarte,

ofreciendo en lo visible
a los ojos otro objeto,
ya que el natural sugeto
alterar no me es posible.
Con esto entrarás en Deza,
e indicios darás de que eres
hombre ilustre; di que quieres
disimular tu nobleza.
Y para hacerte opulento
en riquezas y opinión,
y disponer la ocasión
a tu enamorado intento,
médico te has de fingir;
que de él necesita Deza.

ROMÁN:

¡Cómo podrá mi rudeza,
si ni leer ni escribir
jamás supe, acreditar
esa invención?

DEMONIO:

Yo al oído
lo que el físico ha sabido
más docto, te he de dictar;
y pues no son a mi ciencia
angélica reservadas,
yerbas te daré adecuadas
a sanar cualquier dolencia.
Con esto y con los engaños
que según las ocasiones
tracen nuestras invenciones,
verás el fin de tus daños.

ROMÁN:

Impide pues a don Juan
con Aldonza el casamiento
antes que logre su intento.

DEMONIO:

Yo te lo ofrezco, Román;
que de tal suerte los ojos
de Aldonza inficionaré
al mirarle, que le dé
una vista mil enojos.

ROMÁN:

Pues ya en todo te obedezco.

DEMONIO:

¿Qué nombre te has de poner?
Y advierte que no ha de ser
de cristiano, que aborrezco
sus ecos.

ROMÁN:

Pónmele tú.

DEMONIO:

Demodolo desde aquí
te nombra.

ROMÁN:

El tuyo me di.

DEMONIO:

Yo me llamo Belcebú.
Y con esto ven, amigo,
para que el pacto confirmes,
donde con tu sangre firmes
lo que has tratado conmigo.

ROMÁN:

Vamos.

DEMONIO:

Tu lascivo ardor
verás presto satisfecho.

ROMÁN:

Tanto han podido en mi pecho
codicia, ambición y amor.

Vanse. Salen don JUAN, TRISTÁN, y don PEDRO,
de ciudad

PEDRO:

Ya, primo, estaréis contento,
pues Aldonza, no obligada
solo, pero enamorada,
corresponde a vuestro intento.

TRISTÁN:

No pienso yo que agradó
Narciso a la ninfa más.

JUAN:

¡Estoy loco! ¿Quién jamás
tal belleza mereció?

PEDRO:

En ella las gracias todas
el cielo quiso copiar;
y adiós; que voy a sacar
galas para vuestras bodas.

Vase

TRISTÁN:

¿Qué vestido piensas darme
para estas fiestas, señor?
Que yo también con Leonor
tengo de matrimoniarme.

JUAN:

A tu voluntad está
la tienda del mercader.

TRISTÁN:

¿Cuándo, Fortuna, he de ser
venturoso? ¿Cuánto va
que si lo voy a sacar,
según nací desdichado,
o el mercader ha quebrado
o tú no te has de casar?

JUAN:

Calla. ¿Cómo puede ser,
si Aldonza ya lo desea,
ni que mi esposa no sea,
ni que quiebre el mercader
siendo tan rico?

TRISTÁN:

Porque es
mi Fortuna tan avara,
que si en zapatos tratara,
nacieran todos sin pies.

Un amo que tuve yo,
dijo, estando ya espirando,
"A Tristanillo le mando..."
y al momento mejoró.
Pero mi suerte colijo
que se engañó; que en teniendo
más aliento, prosiguiendo,
"Mando a Tristanillo," dijo,
que al punto que muera yo,
le pague todo el dinero
que me debe, a mi heredero."
Y en diciéndolo espiró.

JUAN:
Pues con tales desengaños,
no te he de hacer bien jamás.

TRISTÁN:
Quiéreme mal y verás
como vives dos mil años.

JUAN:
Ya sale Aldonza, Tristán.

TRISTÁN:
Di, señor, la que te adora.

Salen doña ALDONZA y LEONOR

LEONOR:
Aquí está don Juan, señora.

Hablan las dos aparte, junto a la puerta

ALDONZA:
¡Qué dices! ¿Éste es don Juan?

LEONOR:
¿En qué lo has desconocido?

ALDONZA:
O tú te engañas, o a mí
me engañó cuando lo vi,
o tengo el seso perdido.

LEONOR:

Lo postrero es lo que creo.
¿Qué has visto en él que te asombre?

ALDONZA:

¿Don Juan puede ser un hombre
tan mal tallado y tan feo?
El que yo he visto, el que quiero,
el que espera ser mi esposo,
es gallardo y es airoso;
éste es desairado y fiero.

LEONOR:

¿Qué dices! ¿Estás sin seso?
¿Hay algún galán en Deza
que a su talle y getitileza
pueda igualar?

ALDONZA:

Y aun por eso
me afirmo en que no es don Juan.

LEONOR:

¿Hay locura más extraña?
Dime, el que le acompaña
¿no es su criado Tristán?

ALDONZA:

Sí.

TRISTÁN:

¿Qué temes? ¿Qué contrario
embistes?

JUAN:

Verla tan bella
me acobarda.

TRISTÁN:

Aguarda que ella
te saque por el vicario.

LEONOR:

Ya llega; agora verás
cuál de las dos se ha engañado.
(O está loca, o se ha mudado.) Aparte

ALDONZA:

O estoy ciega o tú lo estás.

JUAN:

¿Cuando, bella Aldonza, harán
nuestras bodas venturoso,
al que solo en ser tu esposo
funda su gloria?

Al oído a doña ALDONZA

ALDONZA:

¿Es don Juan?

JUAN:

¿Cuándo el alma que te adora
con tan deseada unión
en dichosa posesión
se verá?

Aparte a su ama

LEONOR:

¿Es don Juan, señora?

JUAN:

Advierte, mi bien, que están
juzgando las ansias mías
eternidades los días.

Aparte a su ama

LEONOR:

Di ahora que no es don Juan.

ALDONZA:

(¡Don Juan es, al fin! ¿Qué es esto? Aparte
¿Qué puede ser? O venía,
cuando otras veces le veía,
tan aliñado y compuesto,
que las faltas ha podido
encubrir que agora veo,
o me engañaba el deseo,
o después acá ha tenido
algún furioso accidente
con que se ha desfigurado,

o por dueño me ha cansado;
que se juzga diferente
el que se teme marido
que el que se estimó galán.)

JUAN:
¿No me respondéis?

Aparte al criado

Tristán,
¿Qué es aquesto?

TRISTÁN:
Mi vestido.

JUAN:
¡Señora! ¿Qué novedad
es ésta, Leonor?

LEONOR:
No sé.
(Si puedo lo enniendaré.) Aparte
Pienso que una enfermedad
que en el corazón padece
y ha muy poco que le ha dado
este disgusto ha causado
que vuestro amor no merece;
que siempre que lo ha tenido,
aunque libre del dolor,
del melancólico humor
vuelve a cobrar el sentido.
Es tan turbado y confuso,
que por gran rato no entiende,
y la pasión le suspende
de las potencias el uso.
Yo apostaré que hasta agora,
don Juan, ni os ha conocido,
ni palabra os ha entendido.
Mira que es don Juan, señora,
quien te habla.

ALDONZA:
(Estoy perdida.) Aparte

JUAN:

¡Qué enfermedad tan crüel!

ALDONZA:

(No me casara con él Aparte
si me importara la vida.)

JUAN:

Bella Aldonza, gloria mía,
si cuantas piedras cordiales
en las regiones australes
el ligero ciervo cría;
Si cuanta persiana yerba
y odorífero semnión,
aplicado al corazón,
de pasiones lo reserva;
si cuanta perla luciente,
cuanto purpúreo coral,
antídotos de ese mal,
engendra el mar y el oriente,
alegrarte pueden, tantas
me permite que te ofrezca,
que al mundo todo empobrezca
para enriquecer tus plantas.

ALDONZA:

Señor don Juan...

LEONOR:

Ya ha cobrado,
pues habla, su entendimiento.

ALDONZA:

Ni sin salud hay contento,
ni alegría con cuidado.
Yo me siento de tal suerte
sujeta a melancolía,
que no hay para mi alegría,
sino acercarme a la muerte;
y así, es bien que el casamiento
dilata hasta mejorar;
que poco puede durar
accidente tan violento;
y entre tanto sólo os pido
que el visitarme, don Juan,
excuséis; que sois galán
hasta ahora, y no marido.

Vase doña ALDONZA

TRISTÁN:

Leonor, ¿qué ocasión ha hecho
en Aldonza tal mudanza?

LEONOR:

¿Qué pensamiento lo alcanza?
Algún demonio sospecho,
por lo que mis ojos ven,
que anda, Tristán, por aquí.

TRISTÁN:

¿Y hay demonio para ti?
¿Haste mudado también?

LEONOR:

Forzoso ha de ser mudarme
si no se casan los dos.

Vase LEONOR

TRISTÁN:

Nunca, Leonor, me dé Dios
otro mal que no casarme.
¡Ah señor! ¿Qué suspensión
es ésta? ¿Estás persuadido
que ha causado mi vestido
este mal de corazón?
"Tristan, ¿cómo puede ser,
si Aldonza ya lo desea,
ni que mi esposa no sea,
ni que quiebre el mercader,
siendo tan rico?" Ya es clara
del mercader la ventura;
que a ser firme esta hermosura,
era fuerza que él quebrara.

JUAN:

No puede, no puede ser
que Aldonza se haya mudado.
Del corazón la ha obligado
la dolencia a proceder
con tan extraña esquivanza;
que si de mí se agradó,

si contenta el sí me dio,
si yo adoro su belleza,
si soy el mismo que fui,
si ella es la mesma que ha sido,
si ni de ofensa ni olvido
se puede quejar de mí,
cosas son que contradicen
el crédito a su mudanza.

TRISTÁN:

Eso ha dicho la esperanza;
entran los celos y dicen.
Sí, aunque con mentira fea,
le han dicho algún mal de ti;
si después que te dio el sí
en nueva afición se emplea...

JUAN:

Calla, atrevido.

TRISTÁN:

¿Es error
discurrir sin decidir?

JUAN:

Sí; que ofende el discurrir
en agravio del honor.

TRISTÁN:

¿Puede ser?

JUAN:

No puede ser.

TRISTÁN:

¿Qué mujer no se mudó?

JUAN:

No es mujer Aldonza, no.

TRISTÁN:

¡Vive Cristo, que es mujer,
y se ha mudado, y perdido
cuanta afición te tenía!

JUAN:

Pues ¿por qué ocasión podía mudarse?

TRISTÁN:

Por mi vestido;
y apostara a que esto es cierto
de ojo, a no recelar
que ella te volviera a amar
porque yo quedase tuerto.

JUAN:

Necio estás.

TRISTÁN:

Y tú estás ciego,
pues en el aspecto triste
de doña Aldonza no viste
que de su amoroso fuego
no hay ya ni aun cenizas frías.

JUAN:

Tú quieres matarme.

TRISTÁN:

Quiero,
señor, no ser lisonjero.

JUAN:

¡Vive Dios, pues que porfías,
y gustas de mi pesar,
si no es cierta su mudanza
y se cumple mi esperanza,
que a palos te he de matar.

TRISTÁN:

Con eso, sí, los regalos
de Aldonza has de conseguir.

Sale LEONOR, con manto

LEONOR:

Albricias vengo a pedir.

TRISTÁN:

¡Mira lo que obran los palos!

JUAN:
¿De qué, Leonor?

LEONOR:
Al instante
que desconsolado y triste
de la presencia partiste,
don Juan, de tu hermosa amante,
de todo punto cobró
su acuerdo y enternecida,
amorosa y condolida
de tu pena, te escribió
los favores y regalos
que en este papel verás.

JUAN:
¿Ves, Tristán, cuán necio estás?

TRISTÁN:
¿Ves cuánto pueden mis palos?

JUAN:
Por nueva tan venturosa
te da en albricias mi amor
esta cadena.

TRISTÁN:
Leonor
ya no puedes ser mi esposa.

LEONOR:
¿Por qué?

TRISTÁN:
Porque yo no fuera
desdichado, a merecer
hermosa y rica mujer.

JUAN:
Calla; que ya, aunque no quiera
tu fortuna, pienso hacerte
venturoso, y el vestido
mejorar que he prometido.

TRISTÁN:
Tente, señor; que es perderte.

Lee

JUAN:

"Si os di nombre de marido,
Ya es fuerza por no matarme,
revocarlo, no casarme."
¿Qué es aquesto?

TRISTÁN:

Mi vestido.

LEONOR:

¿Cómo dice?

JUAN:

¿Dónde hay pena
que iguale con mi pasión?

TRISTÁN:

¿Éstos los favores son?
Vuelve, Leonor, la cadena.

LEONOR:

Vuelve, don Juan, a leer;
que el papel me leyó a mí
Aldonza, y no dice así.

JUAN:

Sí dice.

LEONOR:

No puede ser.

Lee

JUAN:

"Si os di nombre de marido,
ya es fuerza, por no matarme,
revocarlo, no casarme."

LEONOR:

O el seso todo he perdido,
o algún demonio a porfía
trueca las letras así;
que yo misma se le oí,

y tal razón no decía.

JUAN:

Con industria lo habré hecho
para engañarte, Leonor;
que viéndote en mi favor
aquel riguroso pecho,
trocó el sentido al papel;
porque si tú lo entendieras
es cierto que le impedirias
resolución tan crüel.
Ello es cierto; yo he perdido
el bien que no merecí.

LEONOR:

Prosíguela.

JUAN:

Dice así,

Lee

"De mi mal ha procedido
la esquivaza y novedad
que disculpar es tan justo;
pues no parta con el gusto
su imperio la enfermedad.
Doña Aldonza de Meneses."
Leonor, tan clara razón
no admite interpretación
y, aunque tú misma le oyeses
lo contrario, esto que leo
viene de Aldonza firmado,
y es cierto que se ha mudado.

LEONOR:

Yo lo miro y no lo creo...
Dame el papel, que estoy loca
y corrida de que a mí,
ya que te la rompa a ti,
me trate con fe tan poca.

Vase LEONOR

TRISTÁN:

¿Y la cadena? Voló.

Tú has hecho un gentil empleo.

Sale don FÉLIX que se queda retirado,
escuchando a don JUAN

JUAN:

Bien lo debo a su deseo,
cuando a sus efectos no,
¡Pluguiera a Dios redimiera
lo menos del mal que lloro,
con cuanto rubio tesoro
produce la indiana esfera!

FÉLIX:

(¿Qué escucho? Cuando es mi intento Aparte
pedir a don Juan, hermano
de mi Teodora, su mano
en albricias del contento
de su cumplida esperanza,
se lamenta. ¡Plega a Dios
que no nos dañe a los dos
igualmente una mudanza!)
¿Qué es esto, don Juan?

JUAN:

Amigo,
sucesos de un desdichado.
Doña Aldonza se ha mudado.

FÉLIX:

¿Qué decís?

JUAN:

¿De lo que digo
dudáis, cuando es en mi daño?

FÉLIX:

¿Y qué ha sido la ocasión?

JUAN:

Cierto mal de corazón,
según dice, tan extraño,
que de gusto y aun de seso
la priva.

FÉLIX:

(¡Hay desdicha igual!) Aparte
Quiera Dios que vuestro mal
estribe, don Juan, en eso;
porque un médico extranjero
ha venido, a cuya ciencia
no hay reservada dolencia.
Llevádsela; que yo espero
no solo que libraré
de ese mal su corazón,
pero que de su pasión
la causa conocerá.

TRISTÁN:
¡Oh médico celestial!

FÉLIX:
(Callaré mi pretensión Aparte
hasta mejor ocasión;
que un triste no es liberal.)

JUAN:
¿Que es tan sabio?

FÉLIX:
Eslo de suerte,
que por los pulsos y aspetos
penetra hasta los secretos
de la vida y de la muerte.

TRISTÁN:
¡Qué adivina el extranjero
por los aspetos, señor!
Mátenme si este doctor
no fuere un gran embustero.

FÉLIX:
Con obras se acreditó;
que no con palabras sólo.

TRISTÁN:
¿Y llámase?

FÉLIX:
Demodolo.

TRISTÁN:

Miren si el nombre buscó
Famoso por lo exquisito,
por lo extraño provocante,
porque dé al vulgo ignorante
la novedad apetito.

JUAN:

Félix, toda mi esperanza
pongo yo en ese doctor.
A mí me cure de amor,
si a Aldonza no de mudanza.
Busquémosle.

FÉLIX:

De él espero
el fin que tu amor desea.

TRISTÁN:

Yo, que su gualdrapa sea
la tumba de tu dinero.

Vanse todos. Sale doña ALDONZA

ALDONZA:

Cielos, ¿qué vario accidente
causa los males que lloro?
Ausente a don Juan adoro,
y lo aborrezco presente.
La postrer vez que lo vi,
disforme me pareció;
y luego que se ausentó,
reina ya su amor en mí,
poniéndonme, porque muera
a los ojos la memoria,
la nunca igualada gloria
que hallé en su vista primera.
Quién vio tan nuevo furor,
y quién tan loco accidente,
que muera estando presente
y viva, ausente, el amor?

Sale LEONOR, con manto

ALDONZA:

Leonor...

LEONOR:

Vengo tan corrida
de que me hayas engañado
con el papel que me has dado,
que no olvidaré en mi vida
este agravio.

ALDONZA:

No te entiendo.

LEONOR:

¡Bueno es leerme el papel,
fingiendo que llevo en él
a don Juan la vida, siendo
la sentencia de su muerte!
¡No supiera yo leer!
¡Mal haya el hombre o mujer
que da de su humilde suerte
indicios con no saberlo!

ALDONZA:

¿Qué dices? Muestra y verás,
Leonor, que engañada estás.

LEONOR:

¿Qué importa si has de leerlo
conforme a tu voluntad?

ALDONZA:

Si con mi vida aseguro
tu recelo, yo la juro
de leerte la verdad.

Lee

"Si os di nombre de marido,
ya es fuerza, por no matarme,
revocarlo no, casarme.
de mi mal ha procedido
la esquivaza y novedad
que disculpar es tan justo,
pues no parte con el gusto
su imperio la enfermedad."
¿Ésta la sentencia ha sido
de muerte?

LEONOR:

¿Hay tal confusión?
Las mismas palabras son,
y no es el mismo sentido.
¿En qué estará? ¿Hay tal tormento
como ser de ingenio rudo?
¿A qué nació quien no pudo
merecer entendimiento?
Pues muy contrario sentido
don Juan al papel ha dado,
con que se ha desesperado
tanto como yo corrido.

ALDONZA:

Misterio hay, Leonor en esto,
y a lo que puedo entender,
algún divino poder,
a nuestras bodas opuesto.
Mas dime, por vida mía,
¿qué te pareció don Juan?

LEONOR:

Tan de buen gusto y galán,
que envidiarle el sol podía.

ALDONZA:

¿Cómo es posible que el verle
sola a mí me cause enojos?
Pues si estuviera en mis ojos
el defecto, ¿había de hacerle
solo a don Juan, mi accidente
un agravio tan crüel,
pues a nadie sino a él
miro de sí diferente?
No lo entiendo.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN:

Mi señor,
tan enfermo de tu mal,
que está más que tú mortal,
te trae, señora, un doctor
de cuya infalible ciencia
huye medrosa la muerte,
y los dos ya para verte

sólo aguardan tu licencia.

ALDONZA:

Entren. Por dicha mi amor
hallará de tanto daño
en don Juan el desengaño,
o el remedio en el doctor.

Salen JUAN, ROMÁN, de doctor galán, y
el DEMONIO, de platicante

JUAN:

Aldonza, con el cuidado
de vuestra indisposición,
mi abrasado corazón
el remedio ha procurado.
El señor doctor que os viene
avisitar, no de humano,
de médico soberano
la fama y las obras tiene.
Decid vuestro mal; que creo
que tendrá fin la dolencia,
si alcanza poder la ciencia
y ventura mi deseo.

Aparte a LEONOR

ALDONZA:

¡Ay triste de mí! Leonor,
mi mal crece de hora en hora.

LEONOR:

¿Qué sientes?

ALDONZA:

Don Juan agora
me ha parecido peor.
¡Qué narices!

Hablando aparte el DEMONIO con ROMÁN

DEMONIO:

El objeto
falso que ofrezco a sus ojos
en don Juan le causa enojos,
y se queja de su efeto

Aldonza.

ROMÁN:

Dime, ¿no fuera
mi pretensión más segura
si el hechizo en la hermosura
de Aldonza lo mismo hiciera
que en don Juan, porque él viniese
a aborrecerla también?

DEMONIO:

No, Román. No te está bien,
porque si él la aborreciese,
ni cuidara de su mal
ni te hubiera menester;
y el amarla le ha de hacer
contigo tan liberal,
que goces de su riqueza
gran parte, y no es de tu intento
el más leve fundamento
para alcanzar la belleza
de doña Aldonza.

ROMÁN:

Bien dices.

DEMONIO:

(Lo más cierto es que pretendo Aparte
que don Juan pierda, sintiendo
los sucesos infelices
de su amor, el sufrimiento,
con que a delitos e injurias
le precipitan las furias
de su celoso tormento.)
¿Qué aguardas?

ROMÁN:

¿Has ya mudado
lo visible en mí?

DEMONIO:

No fuera,
si alguno te conociera,
poderoso mi cuidado.
No temas.

JUAN:
(Yo la he perdido. Aparte
Con gran disgusto me mira.)

TRISTÁN:
(Ella se queja, él suspira, Aparte
y yo lloro mi vestido.)

ROMÁN:
Si de las manos confiero
las líneas con las señales
del rostro, de vuestros males,
señora, entender espero
la verdadera ocasión.

TRISTÁN:
Señor doctor, no quisiera
que esta cura adoleciera
de la santa Inquisición.

JUAN:
Calla, necio.

TRISTÁN:
No me vayas
a la mano, porque he oído
decir que está prohibido
adivinar por las rayas;
y yo soy, aunque me ves
en lo demás tan humano,
un católico cristiano,
testarudo aragonés;
y no tiene el mundo aceros
iguales a mi coraje
para impedir el ultraje
de mi Dios y de mis fueros,
pues tan sin dicha nací,
que siendo el más inocente,
se escapará el delincuente
y me prenderán a mí.

ROMÁN:
Por docto, tengo permiso
para valerme de tales
conjeturas y señales;
que la Inquisición no quiso

prohibir tan milagrosos
misterios sino a ignorantes,
que con artes semejantes
dan luego en supersticiosos;
pero yo, que con la ciencia
física llevo a alcanzar
lo que ellas pueden mostrar,
de usarlas tengo licencia.
Mandadle, señor don Juan,
dejarnos; que es peligroso
un testigo escrupuloso,
siendo ignorante.

JUAN:
Tristán,
véte al punto.

TRISTÁN:
Bien hacéis
en recelaros de mí,
que la leva os entendí.

Vase

ROMÁN:
(Presto me lo pagaréis.) Aparte
Dadme el pulso.
(Oh, nieve pura, Aparte
como sois fuego de amor!)

JUAN:
(¡Ah! ¡No fuera yo el doctor!) Aparte

ROMÁN:
Libre estáis de calentura.
(Así lo estuviera yo.) Aparte
Alzad el rostro...
(¡Ay de mí! Aparte
Cuello hermoso, el cielo en ti
todo su poder mostró.)
Dadme la mano...
(En que adora Aparte
cinco saetas mi amor.)

Rehusa ella

ALDONZA:
¿La mano?

JUAN:
El señor doctor
se entiende. Dadla, señora.

ROMÁN tómale la mano izquierda

ROMÁN:
Su virtud le comunica
a la izquierda el corazón;
y así por su indicación
sus sentimientos publica.
Con ella apretad la mía;
que la fuerza quiero ver
que tiene.

LEONOR:
(No he visto hacer Aparte
jamás tal anatomía.)

ROMÁN:
Apretadla.

JUAN: (Ya me dan Aparte
celos estas experiencias.)

ROMÁN: Los misterios de las ciencias
son muy ocultos, don Juan.

Aparte a don JUAN

Escuchadme y os diré
por no advertirla, en secreto
de esta experiencia el efeto.
(Con esto dilataré Aparte
La gloria que estoy mirando.)

Habla a don JUAN, recatándose de que le oiga
doña ALDONZA, y nunca deja su mano

En la relación que hiciere,
es forzoso que se altere
su corazón, en tocando
la causa de su pasión;
y yo lo he de conocer,

porque en la fuerza ha de haber
aumento o disminución
y haciendo luego juicio,
según la quiromancia,
física y fisonomía,
tendré verdadero indicio
de la secreta ocasión
de su mal, y aplicaré
el remedio, con que os dé
su mudanza admiración.

JUAN:
¡Qué sutil filosofía!

Aparte a LEONOR

ALDONZA:
¿Has advertido, Leonor,
Qué buen talle de doctor?

LEONOR:
Extraña es su bizarría!

ROMÁN:
Haced lo que os he advertido,
hermosa Aldonza.

ALDONZA:
Yo siento
lesión en mi entendimiento,
turbación en mi sentido.
Siento inconstante deseo,
frágil memoria, de modo
que juzgo diverso todo
de lo que vi lo que veo.

ROMÁN:
Basta; que agora tocastes
al punto. La alteración
dio a la mano el corazón;
que en la fuerza desmayastes.

Aparte a LEONOR

ALDONZA:
Dice verdad. Peregrino

es el médico.

LEONOR:

¡Hay tal cosa!

Ciencia tiene milagrosa.

JUAN:

(Entendiólo. Él es divino;
que aborrecer fácilmente
sin causa a quien ha querido,
muestra que le ha parecido
después acá diferente.

ROMÁN:

Señora, ya yo sospecho
vuestro mal. Hechizos son
los que en vuestro corazón
tan gran novedad han hecho.

LEONOR:

¿No lo dije yo?

ALDONZA:

¡Ay de mí!

ROMÁN:

Alguno que ciego adora
vuestra hermosura, señora,
quiere asegurarla así.

El DEMONIO habla aparte a doña ALDONZA,
colocado a espaldas de ella

DEMONIO:

¿Quién sino don Juan sería?

ROMÁN:

Indicio ofrecen notorio
del maléfico amatorio
vuestra gran melancolía,
la turbación del sentido
y variedad del deseo.
¿Cuánto va, Aldonza, que feo
alguno os ha parecido,
a quien juzgastes primero
bizarro, hermoso y galán?

LEONOR:
Es verdad.

ALDONZA:
Esto en don Juan
me ha sucedido, y ya infiero,
Leonor, que lo has publicado.

LEONOR:
Fálteme Dios si tal hice.
(¡Loca estoy! Secretos dice Aparte
que entre los dos han pasado.)

JUAN:
(Él lo ha entendido. Yo soy Aparte
quien ya le parezco mal.)

ALDONZA:
(No vi jamás hombre igual.) Aparte

ROMÁN:
Si con esto, Aldonza, os doy
ocasión para admiraros,
estos son cortos efetos;
que secretos más secretos
pienso presto declararos.
Agora os he de mostrar
más clara la ciencia mía
que por la quiromancia
del todo he de penetrar
vuestro mal. Mostrad la palma
de la mano, que es papel
del cielo, que escribe en él
las afecciones del alma.
¡Qué obscuras líneas! En ellas
se advierte la confusión
que padece el corazón.

Bésale la palma

JUAN:
Pues, ¿qué hacéis?

ROMÁN:
Humedecellas;

que muestra en ellas la mano
más viveza y más color
con la humedad y calor
que les da el aliento humano.

JUAN:

Aldonza pudiera hacello.
(No me puedo refrenar.) Aparte

ROMÁN:

Señor don Juan, a pensar
que os diera disgusto en ello,
ni lo hiciera, ni mis pies
estos umbrales tocan
si en recompensa esperaran
innumerable interés.
Yo ejecuto con llaneza
los medios cuyos efectos
tocáis ya, pues los secretos
de la bella Aldonza empieza
a entender y declarar;
y cuando con la experiencia
que veis, pretende mi ciencia
lo que importan alcanzar,
me obligan vuestros recelos
a desistir, porque yo
vengo a dar salud, y no
desconfianzas y celos.
El tiempo os vendrá a mostrar
que es tan secreto y profundo
su mal, que nadie en el mundo,
sino yo, lo ha de curar;
mas pues las llanezas mías
culpáis, buscad quien dilate
su enfermedad, y la mate
con purgas y con sangrías.

Vuelve las espaldas

ALDONZA:

Aguardad.

ROMÁN:

(Con esto quiero Aparte
Mi estimación aumentar.)
Él mismo me ha de llamar,

y costarle su dinero.

Vanse ROMÁN y el DEMONIO

ALDONZA:

Volved. Fuése. ¡Todo así
se conjura en afligirme!

LEONOR:

¡Que se fuese sin decirme
la buenaventura a mí!

ALDONZA:

¿Esto, don Juan, es fineza?
¿Esto debo a vuestro amor?
¿Celos formáis de un doctor?
Éraos ya a la sutileza
de su ingenio tan pesada,
temiendo, si prosiguiera,
que del todo descubriera
que estoy de vos hechizada?

JUAN:

De mí, Aldonza!

ALDONZA:

Caso es llano.
¿Quién sino vos desconfía
de mi amor? ¿Quién pretendía
asegurarse mi mano
sino vos? ¿En quién miráis
lo que ha obrado en mí el hechizo,
sino en vos, si bien no hizo
la operación que intentáis,
pues que trocando la acción,
por dicha me perderéis
con lo que intentado habéis
asegurar mi afición?
Y tras de hacerme, con medio
tan injusto, tanto daño,
¡por encubrir vuestro engaño
me quitáis a mí el remedio!

JUAN:

Aldonza, juraros quiero...

ALDONZA:

No por eso me aseguro;
que también dará en perjurio
quien ha dado en hechicero.

JUAN:

¿Hay tal rabia? He de perder
la vida con la paciencia.

ALDONZA:

No me mintáis inocencia.
Lo que importa es deshacer
el daño, y hacer que vuelva
a remediarlo el doctor;
y mientras no, vuestro amor
no espere que me resuelva
a las bodas que desea;
que obra contra vos de suerte
el hechizo, que la muerte
no me parece tan fea.

LEONOR:

(Declaróse.) Aparte

JUAN:

Aldonza mía,
sólo por satisfaceros
el médico he de traeros,
si cuanta riqueza envía
la oriental región me cuesta.

ALDONZA:

Hacedlo, y no me veáis
primero que de él sepáis
que estoy menos indispuesta.

JUAN:

¡Eso más!

ALDONZA:

Don Juan, no os pese;
que a vos os importa.

JUAN:

¿Quién
se vio a las puertas del bien,

que como yo le perdiese?

Vase

LEONOR:
Rabioso va.

ALDONZA:
Y yo, Leonor,
quedo confusa, pensando
que de don Juan voy sanando,
y enfermando del doctor.

ACTO SEGUNDO

Salen ROMÁN, don JUAN y el
DEMONIO

ROMÁN:
Haber conmigo mostrado
tanta liberalidad,
conociendo la verdad
de mi intento y mi cuidado,
me ha obligado a visitar
otra vez a Aldonza, y creo
que he de lograr mi deseo
porque la pienso gozar;
que presto la habéis de ver
libre de aquella pasión
que en su amante corazón
tal mudanza pudo hacer.

JUAN:
¿Son, al fin, señor doctor,
Hechizos la causa de ella?

ROMÁN:
O no hay en el cielo estrella
ni en el sol hay resplandor.
Mas ni os aflija ni espante;
que, como me habéis pedido,
para saber quién ha sido
vuestro ofensor y su amante,

he levantado figura.
Pero advertid que éstas son
cosas en que la opinión
y la quietud se aventura;
y si lo que de ella infiero
os tengo de declarar,
palabra me habéis de dar
como noble caballero,
pues que os sirvo, del secreto;
que por nadie--¡vive Dios!--
lo hiciera sino por vos.

JUAN:

Como quien soy os prometo
fuera de que os dejaré
hoy, por lo que os he cansado,
liberalmente pagado,
que el secreto guardaré,
contra que pierda el honor
y la vida.

ROMÁN:

Pues, don Juan,

Saca un papel de una figura levantada, y habla
mirando a él

.....[-án]
en amistad y en amor
Fortuna adversa; y me obligo
a asegurar que os ha hecho
todo el daño el falso pecho
de vuestro mayor amigo.

JUAN:

Don Félix es el mayor.

ROMÁN:

Las señas os puedo dar
de él, pero no señalar
la persona. Es de color
trigueño, y es de mediana
estatura y voz süave,
ni bien sutil ni bien grave.
Goza la estación lozana
de su juventud, y tiene

negra la barba y cabello.

JUAN:

Basta para conocello;
que cuánto dices conviene
con las señas claramente
de Félix.

ROMÁN:

El declararos
celoso antes de informaros
será acción poco prudente.
Velad; y pues confiado
de que vos lo estáis está,
en su descuido hallará
la verdad vuestro cuidado.
Y voyme, don Juan; que es hora
de ver mis enfermos.

JUAN:

Sólo
quiero saber, Demodolo,
si la que mi pecho adora,
según vuestra astrología, C
corresponde a quien me ofende.
ROMÁN: Tanto en su afición se enciende
cuanto en la vuestra se enfría.

Hablan ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO:

Loco queda.

ROMÁN:

Su furor
con Félix le precipite,
y su discordia me quite
tan fuerte competidor;
que más seguro pretendo
con su ausencia o con su olvido;
y queda tan bien perdido
matando como muriendo.

Vanse ROMÁN y el DEMONIO

JUAN:

¿Es posible que haya sido
Félix amigo traidor?
Pero las fuerzas de amor,
¿qué obligación no han rotpido?
¿Puede engañarse la ciencia
y mentir la astrología?
Sí; mas la desdicha mía
me niega esta contingencia.
Sombra seré, por los cielos,
de su vida y sus acciones.
Árgos serán mis pasiones,
y linceos serán mis celos;
y si me ofende, ha de ver
en su muerte mi venganza;
que a quien pierde la esperanza,
¿qué le queda que perder?

Sale don FÉLIX

FÉLIX:
Si es cierto que la amistad
hace de dos almas una,
cierto es que en vuestra fortuna
tengo [mi felicidad.]
Dadle pues a mi cuidado
una nueva venturosa.
¿Qué hay de vuestra prenda hermosa?
Demodolo, ¿hase afirmado
en que nace su cuidado
de su pernicioso encanto?

JUAN:
(¡Ah cielos! No ayuda tanto Aparte
la amistad, sino el amor.
Quiero engañarle y fingir
que soy ya dichoso amante;
que con esto en el semblante
el pecho ha de descubrir.)
Don Félix, el accidente
que la mudanza causó
de doña Aldonza pasó
como exhalación ardiente;
que por ser de lo violento
tan breve la duración,
volvió a su antigua afición
fácilmente el pensamiento.

Muy presto la norabuena
me daréis de mi alegría.

FÉLIX:

Decid, don Juan, de la mía
pues no era menor mi pena.
(Si declararte codicias, Aparte
ésta es, Félix, la ocasión
de tu abrasada pasión
pide el remedio en albricias.
Atrévete; que el contento
jamás avariento ha sido.)

JUAN:

(Por Dios, que se ha suspendido Aparte
mal se encubre el sentimiento.)

FÉLIX:

Si nuestra firme amistad
me puede dar confianza
a una atrevida esperanza,
don Juan, licencia me dad
para poder declararos
mi intento.

JUAN:

Tanto agraviáis
mi amistad cuanto dudáis
que nada puedo negaros.

FÉLIX:

La hermosa doña Teodora,
vuestra hermana, en quien Amor
cifra su gloria mayor,
si por bella me enamora,
por sangre vuestra me obliga
a que, en albricias del bien
de haber vencido el desdén
de vuestra amada enemiga,
os pida su blanca mano,
pues nadie puede fundar
su esperanza ni valor
a cielo Lan soberano
con más alas que yo vuelo.
Merezca pues que en un día
vuestra ventura y la mía

celebre y envidie el suelo.

JUAN:

(¡Ved si ha obrado mi ficción! Aparte
No es amor, sino venganza
de su perdida esperanza,
la causa de esta intención;
que no haberla declarado
hasta ahora, que he fingido
que soy de Aldonza querido,
indicio evidente ha dado
de que este medio escogió
con que su desdén castigue,
porque con celos la obligue
lo que con hechizos no.)

FÉLIX:

Don Juan, ¿de qué os suspendéis?
¿No admitís mi pensamiento?

JUAN:

Antes, Félix, el contento
de la merced que me hacéis
con razón me ha suspendido.
Luego propondré a mi hermana
vuestro intento, y lo que gana
con tan principal marido.
Y si admite, como espero,
nueva de tanta alegría,
sin que aguardéis a la mía,
hacer vuestra boda quiero.
(Así pretendo probar Aparte
la verdad de su intencion.)

FÉLIX:

No, don Juan; que no es razón
que Félix lleque a alcanzar
tanta dicha sin que vos
la vuestra alcancéis también;
que el bien para mí no es bien
si no es común a los dos.
Fuera de que no sería
bien pensado duplicar
los gastos por no aguardar
a hacerlos un mismo día.

JUAN:

(¿Ya quién duda que es venganza Aparte
de Aldonza el fin de este intento,
pues resiste al casamiento
hasta perder su esperanza
con verme en la posesión
de su mano? ¡Ah cielo santo!
¿Cómo se refrena tanto
mi ofendido corazón?)

FÉLIX:

Don Juan, ¿qué determináis?

JUAN:

(Asegurarlo conviene.) Aparte
Quien más voluntad no tiene
que la vuestra, ¿qué dudáis
que hará vuestro gusto?

FÉLIX:

Hablad Luego a la bella Teodora.

JUAN:

Ni vuestras partes ignora,
ni dudo su voluntad.

FÉLIX:

Si la merezco, daréis
la vida al mayor amigo.

JUAN:

(Y a mi mayor enemigo Aparte
la muerte, si me ofendéis.)

Vanse los dos por diferentes partes. Salen
ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN:

¿Porqué dilatas mi gloria?
Tu amistad y tu poder,
¿qué Sirven, si no he de ver
tan deseada victoria?

DEMONIO:

Román, la amistad enfrena
al poder, porque si usara

de él, tus artes publicara,
y te expusiera a la pena.
Por esto con tal templanza
has de remediar tu mal,
que parezca natural
el triunfo de tu esperanza.
Usa de la industria en tanto
Que provechosa te fuere;
y en lo que ella no valiere,
ocurrirás al encanto.
Por todas partes camina
felizmente tu deseo,
pues por los efectos veo
que cuanto Aldonza imagina,
es solo en la gallardía
que en tus partes le he mostrado;
y ciega de este cuidado,
Ahora a llamar te envía.

ROMÁN:

Solo acreditar me falta
de principal caballero;
que éste es el medio postrero
de alcanzar gloria tan alta.

DEMONIO:

Ya la invención conveniente
para ese fin he trazado.
De la corte se ha ausentado
un don Diego, descendiente
de Guzmanes, por no hacer
un casamiento a disgusto
porque a su padre era justo,
que le trocó, obedecer.
Yo trazaré cómo crea
Aldonza que este don Diego
eres tú.

ROMÁN:

De tanto fuego
librarse el alma desea.

DEMONIO:

De su persona las señas
finjo yo, para este efeto,
en el engañoso objeto

que tú en lo aparente enseñas.
Mas oye lo que he de hacer;
que ya Leonor ha llegado.

Sale LEONOR, con manto, quedándose a escuchar
al paño

LEONOR:

Solo está con su criado.
Desde aquí quiero atender
a lo que los dos platican,
por ver si averiguo así
estas sospechas que en mí
por puntos se multiplican.

Hablan aparte ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO:

Con esto has de acreditar
tu nobleza mentirosa;
que Leonor quiere curiosa
lo que hablamos escuchar.

ROMÁN:

Comienza.

DEMONIO:

¿Cómo, señor,
un hombre de tu nobleza
quiere ejercitar en Deza
el oficio de doctor,
pudiendo en la corte estar,
por quien eres estimado?
¿Cómo no te da cuidado
el sentimiento y pesar
de tu padre don Fernando
de Guzmán, el noble viejo
de quien eres claro espejo?

LEONOR:

¿Qué es lo que estoy escuchando?

ROMÁN:

Todo lo advierto; mas es
el casarme a mi disgusto
un tormento tan injusto,

que me obliga a lo que ves.
Por no hacerlo me ausenté,
y de lugar en lugar,
en Deza vine a parar,
donde este oficio tomé
por vivir más disfrazado,
y porque usar lo podía
como quien filosofía
y otras ciencias ha estudiado;
que si bien fue el aprendellas
entonces curiosidad,
hoy es ya necesidad
a este fin valerme de ellas.
Mudé en Demodolo el nombre
de don Diego de Guzmán,
con que mis intentos van
tan seguros, que no hay hombre
que pueda saber quién soy.

LEONOR:
¿Quién tal pensara?

ROMÁN:
Y tú ves
que es tan pródigo interés
el que gano, que si voy
a este paso, no habrá cuenta
que lo sume; con que puedo
lucirme mientras no heredo
los cinco mil que de renta
goza mi padre.

LEONOR:
¡No es nada!
Luego vi que este doctor
era noble.

Aparte ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN:
¿Oye Leonor?

DEMONIO:
Atenta está y admirada.

ROMÁN:

Prosigue.

Alza la voz

DEMONIO:

Todo es verdad;
mas según tendrá deseo
de hallarte tu padre, creo
que hiciera a tu voluntad
de tu esposa la elección.

ROMÁN:

Que no la tengo imagino.
Preso está, si libre vino
a Deza mi corazón.
Si puedo, ha de ser mi esposa
la que adoro.

LEONOR:

¿Quién será?

DEMONIO:

¿No ves lo mal que te está?
Que aunque es principal y hermosa
debes aspirar, señor,
por tu calidad y hacienda,
a más soberana prenda.

ROMÁN:

¡Qué poco sabes de amor!
No hay grandeza que prefiera
a la que mi pecho adora.

LEONOR:

Mas, ¿si fuese mi señora?
¡Que dicha tan grande fuera!

DEMONIO:

Pues ¿para qué te atormentas?
Dile quién eres; que es cierto
que alcanzarás por concierto
lo que por amor intentas.

ROMÁN:

¿Cómo quieres que acredite
con ella esta novedad,

sin que hacer de la verdad
más probanza solicite?
Pues haciéndola, es forzoso
que se publique mi intento,
y mi padre el casamiento
me ha de estorbar cuidadoso.
Fuera de que tanta gloria
quiero por mí merecer;
que cuando la da el poder,
no estima Amor la victoria.

LEONOR:
No hay más que esperar.

Llégase a los dos

ROMÁN:
¡Leonor!

LEONOR:
Doña Aldonza, mi señora,
a quien ha apretado agora
el melancólico humor,
os suplica que al momento,
la visitéis.

A ROMÁN, al oído

DEMONIO:
Éstos son
efectos de su afición,
aunque disfraza el intento.

ROMÁN:
Como debe, se apercibe
a servirla mi cuidado.

Sale TRISTÁN, con un bolsón de dinero

TRISTÁN:
De mi señor, que obligado
se te confiesa, recibe,
señor, estos cien doblones.

ROMÁN:
Veinte escudos te darán

el porte de ellos, Tristán.

TRISTÁN:

Desde el sur a los triones
te canten mil alabanzas
por cada maravedí;
que de mi fortuna así
la primer victoria alcanzas,
pues no podrá despintarme
estos escudos que están
en mi mano.

LEONOR:

Ya, Tristán,
tienes con qué regalarme.

TRISTÁN:

¿Aun no te has ido? ¡Qué presto,
porque mi desdicha arguya,
hallé quien me disminuya
la ventura! Mas, ¿qué es esto?

Vacía el bolsón, y son cuartos

En cuartos se han convertido
los doblones. Pues yo fui
quien los conté, yo los vi;
mas mi desdicha ha podido
hacer tal transformación.

ROMÁN:

Yo no creyera este engaño,
de vos, Tristán.

LEONOR:

¡Caso extraño!
¿Agora das en ladrón?

TRISTÁN:

¡Bueno está! Voto no a Dios,
que por mis ojos los vi
que eran doblones.

ROMÁN:

Así
atestiguáis contra vos,

porque si traéis vellón,
y doblones recibistes,
vos solamente pudistes
hacer la transformación.
Volved pues por los doscientos
escudos antes, Tristán,
que sepa el señor don Juan
vuestrs bajos, pensamientos.
(Así quiero que empecéis,
necio, a sentir el castigo
de ser tan libre conmigo.)

Aparte

Vase ROMÁN

DEMONIO:
¡Ah, Tristán! ¿Ésas tenéis?

Vase el DEMONIO

LEONOR:
Pensé, Tristán, que tuvieras,
solos para regalarme,
veinte escudos; y obligarme
agora mejor pudieras
que los doscientos empuñas;
mas ya no espero tocarlos;
que tienes para guardarlos
poco amor y muchas uñas.

Vase LEONOR

TRISTÁN:
¿Aun eso más? ¿Quién se ha visto
en un lance tan confuso?
Mi propia mano los puso
en el bolso, y voto a Cristo,
que eran éstos cien doblones
de oro fino. Algún demonio
con tan falso testimonio
me solicita ocasiones
de desesperar. Yo soy
quien los conté, yo los vi
ni estaba borracho allí,
ni aquí tampoco lo estoy.

Vuelve a vaciar el bolsón, y caen

escudos

Pero, ¡qué miro! ¿No son
doblones éstos que toco?
¡Válgame Dios! ¿Si estoy loco?
Sí; ¿qué mas información
que háberlos allá tenido
por cobre, y por oro aquí?
Pero lo mismo que a mí
a todos ha parecido.
Que me engaño agora creo;
mas éstos, doblones son.
No es sueño, no es ilusión;
que por mis ojos los veo.
Pues ahora, ¿qué he de hacer?
Que si al doctor se los doy,
el delito de que estoy
indiciado han de creer;
si no se los doy, también.
¿Quién vio mayor confusión?
Ya ha quedado por ladrón
sin culpa un hombre de bien.

Sale don FÉLIX

FÉLIX:

Tristán, ¿qué es eso? Parece
que estás disgustado. Ahora
que ha de gozar la que adora
tu dueño, ¿qué te entristece?

TRISTÁN:

¿Gozar o qué? De su amor
muy mal sabéis el estado;
nunca tan desconfiado
se vio don Juan mi señor.

FÉLIX:

¿Cómo?

TRISTÁN:

Para que lo crea,
¿no es probanza suficiente
el mandarle expresamente
Aldonza que no la vea?
Mirad cuánto desconfía

pues han podido obligalle
los celos a que en la calle
me mande estar en espía
para averiguar de quién
ha nacido su mudanza.

FÉLIX:

Nunca más firme esperanza
tuvo don Juan de su bien,
si no me quiso engañar.

TRISTÁN:

Industria debió de ser;
que es treta del mercader
que está cerca de quebrar
ostentar más bizarría,
porque con eso desmienta
las sospechas; que así aumenta
el crédito en quien le fía.
¿No veis los competidores
que contra sí desperara
don Juan, si no publicara
confianzas y favores?

FÉLIX:

Eso no corre conmigo,
que amigo soy verdadero.

TRISTÁN:

Para este fin el primero
se ha de engañar el amigo;
que engañado, como entiende
no serlo, con mas fervor
el crédito y el honor
del que le engañó defiende,
jurando una falsedad
sin perjurar; y lo hiciera
con tibieza si supiera
que no jura la verdad.
Demás que los deseosos
como los sarnosos son.

FÉLIX:

¡Notable comparación!

TRISTÁN:

Siempre dicen los sarnosos,
aunque esté en mayor pujanza
la sarna, que ya se quita.
Así en los que solicita
el amor es la esperanza;
que consuelan con engaños
ellos mismos su pasión
cuando hay mayor comezón
de celos y desengaños.

FÉLIX:

Yo, Tristán, he sospechado
que don Juan por excusarme
la pena que ha de causarme
con la suya, me ha engañado.

TRISTÁN:

Pienso que has dado en lo cierto.

FÉLIX:

Pues vive Dios, que ha de ser
doña Aldonza su mujer,
o verse a mis manos muerto
quien dio la justa ocasión
a la mudanza.

TRISTÁN:

Escuchad.
puies os negó la verdad
mi señor, será razón,
ya que yo os la declaré,
que no lo sepa don Juan.

FÉLIX:

Pues no le digas, Tristán,
que me has visto.

TRISTÁN:

Así lo haré.

FÉLIX:

(A Aldonza tengo de ver Aparte
e inquirir este secreto,
pues hasta que tenga efeto
el de don Juan, no he de hacer
con su hermana el casamiento.

Quizá podrá mi cuidado
descubrir quién la ha obligado
a que mude pensamiento.

Vase don FÉLIX

TRISTÁN:

A nuestra tema volvamos.
¿Qué harémos, Tristán, en esto
de los dobiones, supuesto
que la opinión arriesgamos?
Mas don Juan es el que viene.
¿Qué puedo hacer? A callar
me resuelvo hasta pensar
mejor lo que me conviene.

Sale don JUAN

JUAN:

¿Diste al doctor el dinero,
Tristan?

TRISTÁN:

(¿Qué diré?) Aparte
Señor,
oye. En casa del doctor
hallé a Leonor.

JUAN:

Lo primero
de todo, Tristán, me di
si el dinero recibió.

TRISTÁN:

(Mucho aprieta.) Aparte
Nunca yo
Afirmo lo que no vi.
Iba a llamarle Leonor
de parte de su señora...

JUAN:

Eso está bien. Dime agora,
¿diste el dinero al doctor?

TRISTÁN: (Dalle.) Aparte

JUAN:
Responde.

TRISTÁN:
(Ya sé Aparte
con lo que me he de excusar.)
Yéndole, señor, a dar
los cien doblones, troqué
el bolso en que los llevaba
con uno de cuartos mío,
y fue tal mi desvarío,
porque de él no me acordaba,
temiendo que Demodolo
sospechase mal de mí,
que avergonzado salí,
y después, estando solo,
el bolso de los doblones
hallé; mas no me he atrevido
a llevarlos, de corrido,
hasta que con él me abones.

JUAN:
Llévalos luego; y agora
dime quién ha paseado
esta calle o visitado
a la que mi pecho adora.

TRISTÁN:
Ninguno de quien tu bien
no se pueda confiar,
porque solo he visto entrar
a Félix agora.

JUAN:
¿A quién?

TRISTÁN:
A Félix.

JUAN:
(¡Ah santos cielos!) Aparte
¿Hablóte o viote?

TRISTÁN:
Señor,
ni me habló ni vio.

JUAN:

(¡Ah traidor!

Ved si son vanos mis celos.

Mataréle, aunque ha de hacerme
su muerte quedar perdido.

Si a Aldonza pierdo ofendido,
vengado quiero perderme.

Vase don JUAN

TRISTÁN:

¡Con qué pulgas preguntó
si me habló! Por si de mí
hubiera sabido aquí

la verdad que él le negó!

¡Mal año! ¡Miren si ha sido
prevención provechosa!

No hay alhaja más preciosa
que ser un hombre entendido.

Vase. Salen doña ALDONZA, FÉLIX y
LEONOR

ALDONZA:

Mal celebra el descontento,

Félix, las fiestas de Amor,

y yo, que de este dolor

Tan afligida me siento,

no es mucho que a la esperanza

de don Juan la ejecución

dilate; que es dilación

la que veis, y no mudanza.

Y si está en darle la mía

en daros su hermana a vos

la mano, pedidle a Dios,

don Félix, mi mejoría.

Sale don JUAN y escucha desde el paño

FÉLIX:

No atribuyáis al dolor

esquiveza semejante;

que el más indispuerto amante

sana gozando su amor.

Aldonza--¡viven los cielos!--

que hace la mudanza en vos
estos efectos.

JUAN:

(¡Por Dios, Aparte
que le está pidiendo celos,
persuadido de mi engaño
a que me ha vuelto a querer!)

FÉLIX:

Mirad que aunque en la mujer
no es, señora, caso extraño
el mudarse, en las que son,
como lo sois, principales,
infaman defectos tales
su nobleza y opinión;
y habiendo ya vuestros labios
pronunciado el sí, no es justo
hacer, por leyes del gusto,
a las del honor agravios.

ALDONZA:

Ya, Félix, os he afirmado
que se ha engañado y mentido
quién ha dicho o entendido
que mi pecho se ha inundado.

JUAN:

(¿Satisfacciones le das?) Aparte

ALDONZA:

Con esto podéis dejarme,
porque no pienso cansarme
en satisfaceros más.

FÉLIX:

Porque ofende quien porfía,
os suplico solamente
que abreviéis, que está pendiente
de estas bodas mi alegría.

Apártase de doña ALDONZA, y ésta
se vuelve de espaldas y habla con LEONOR

JUAN:

(Primero venganzas mías Aparte

Os darán muerte, traidor.)

Al retirarse don FÉLIX encuentra a don JUAN

FÉLIX:
¡Don Juan amigo?

Hablan los dos a un lado, y doña ALDONZA con
LEONOR al otro

ALDONZA:
Leonor,
prosigue lo que decías.

FÉLIX:
¿Llegáis agora?

JUAN:
Llegué
en este punto. (El cuidado Aparte
que le da si le he escuchado,
en la pregunta se ve.
Disimular lo que he oído
importa; que así aseguro
la venganza que procuro.)
¿Quién duda que habréis venido
a pedir a la que adora
mi abrasado pensamiento
que abrevie mi casamiento,
por llegar al de Teodora
vos más presto?

FÉLIX:
Y juntamente
con eso, le vine a dar
de que os volviese a estimar
las gracias.

JUAN:
(¡Qué diferente Aparte
es acusar su mudanza
de agradecer mi ventura!)

FÉLIX:
(Pues ocultarme procura Aparte
el mal fin de su esperanza,

no es bien que por entendido
me dé con él de su engaño.)

ALDONZA:

¿Hay suceso más extraño?
¡Qué gran dicha hubiera sido
que fuese yo la querida
de don Diego de Guzmán,
cuando sus ojos me dan
con el veneno la vida!
Decir en la corte oí
que se ausentó. ¿Quién creyera
que a darme en Deza viniera
tan nuevo cuidado a mí?
Mas a Madrid es razón
escribir para informarme;
que no es cordura arrojarme
con liviana información.
Y en tanto importa, Leonor,
este secreto encubrir;
que el verme le han de impedir
si saben que no es doctor.

LEONOR:

Cuando por ti no callara,
lo hiciera porque imagino
que don Diego es adivino
y que de mí se vengara.

FÉLIX:

Adiós; que os quiero dejar
a solas; que los testigos
son del amor enemigos.
(No le quiero, avergonzar Aparte
con ver de Aldonza el rigor,
pues él lo encubre de mi.)

Vase

JUAN:

(Sus celos pretende así Aparte
disimular el traidor.
¿Iréme o veréla?
¡Cielos!
Aconsejadme en tal pena;
que su desprecio me enfrena

cuanto me animan los celos.

Salen ROMÁN y el DEMONIO. Doña ALDONZA
sigue hablando con LEONOR sin reparar en JUAN ni en los demás

ROMÁN:
Don Juan, ¿qué hacéis?

JUAN:
No os espante
el verme aquí; que al temor
de Aldonza y de su rigor
es esta puerta un gigante
que el paso me impide.

ROMÁN:
Entrad;
que quiero ver si en su pecho,
cierto remedio que he hecho
causa alguna novedad.

Aparte al DEMONIO

La fealdad has de aumentar
ahora a don Juan.

DEMONIO:
Sí, haré.

ROMÁN:
Quiero que Aldonza le dé
causa de desesperar.

JUAN:
No espero que en mi favor
Aldonza se haya mudado;
que tengo ya averiguado
que es don Félix el traidor
que me ofende.

ROMÁN:
Ya veréis
En mi verdad mi deseo.

Adelántanse

ALDONZA:
Don Diego es éste que veo.

LEONOR:
Y don Juan.

ALDONZA:
¿Qué me queréis,
don Juan? Dejadme, por Dios.

Cae desmayada en los brazos de LEONOR

ROMÁN:
Perdió el sentido.

JUAN:
¡Ay de mí!

ROMÁN:
Bien se echa de ver aquí
que al hechizo contra vos
la fuerza le han aumentado.

JUAN:
Es cierto; que el alevoso
don Félix partió celoso;
y de mi engaño, obligado,
porque le dije que ya
ha vuelto Aldonza a quererme,
para ganarla y perderme,
nuevos conjuros hará.

ROMÁN:
Idos pues, don Juan, de aquí;
que miéntras presente estéis,
ni favor alcanzaréis,
ni Aldonza volverá en sí.

JUAN:
¿Hay tal desdicha?

ROMÁN:
Idos presto.

JUAN:
De vuestra ciencia confío

que su remedio y el mío
tengo de alcanzar.

ROMÁN:

Supuesto
que de su mudanza loca
sabéis la ocasión, haced
vos lo que os toca, y creed
que haré yo lo que me toca.

JUAN:

A mí me toca el castigo
de don Félix. El traidor
muera, pues es el mayor
enemigo un falso amigo.

Vase. Hablan aparte ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO:

Ya va resuelto a matar
a don Félix.

ROMÁN:

La ventura
que pretendo me asegura
si lo llega a ejecutar.

LEONOR:

Señora, ¿hay pena mayor?
Señor doctor, ¿qué aguardáis,
que el remedio no aplicáis
a este tan mortal dolor?

ROMÁN:

La fuerza te mostraré
de la medicina agora.
Déme su mano. ¡Ah, señora!

ALDONZA:

¿Fuése don Juan?

ROMÁN:

Ya se fue.

LEONOR:

¿Cómo te sientes?

ALDONZA:

Mejor
después que se fue, y después
que he mirado, como ves,
que está aquí el señor doctor.

ROMÁN:

Siendo tan en mi favor
el remedio, no dudéis
que salud alcanzaréis;
aunque yo voy sospechando
que tengo de ir enfermando
al paso que vos sanéis.

ALDONZA:

¿Hay contagio en el humor
que causa mi mal?

ROMÁN:

Y tal,
que sin pegar vuestro mal,
no sanaréis del dolor.

ALDONZA:

¿Y sentís, señor doctor,
que os toca la pena mía?

ROMÁN:

Tanto, que apostar podría
que nunca con tal exceso
os tocó a vos.

ALDONZA:

Y aun por eso
siento yo tal mejoría.

ROMÁN:

¿Pensáis pagarme la cura?

ALDONZA:

El alma es premio pequeño.

ROMÁN:

No podréis; que tiene dueño.

ALDONZA:

Así tuviera ventura.

ROMÁN:

¿Fáltale a tanta hermosura?

ALDONZA:

¿Qué desventura mayor
que acrecentarme el dolor
quien cura la enfermedad?

ROMÁN:

Si le calláis la verdad,
no echéis la culpa al doctor.

ALDONZA:

Dijéralo si pensara
que estaba en esto mi bien.

ROMÁN:

¿Pues de quién lo espera quien
al doctor no se declara?

ALDONZA:

A mi pesar me repara
la obligación del recato.

ROMÁN:

Decid solo cómo os mato
y os sano, Aldonza.

ALDONZA:

Mi mal
curáis como original,
Y causáis como retrato.
Enigma es vuestro dolor,
que mi ciencia desanima.

ALDONZA:

No os espante si es enigma,
pues lo es también el doctor.

ROMÁN:

Mi confusión es mayor.

ALDONZA:

Entended, pues sois tan sabio,
lo que os encubre mi labio.

ROMÁN:

El atreverme a entender
el pensamiento es hacer
al poder del cielo agravio.

ALDONZA:

Pues yo no he de declararme.

ROMÁN:

Pues yo no os he de curar.

ALDONZA:

Aguardad.

ROMÁN:

¿Qué he de aguardar,
si no quereis confiarme
vuestros males?

ALDONZA:

Si a sanarme
os obligáis, no os serán
ocultos.

ROMÁN:

O no tendrán
los astros cierto valor.

ALDONZA:

¿Conocéis, señor doctor,
a don Diego de Guzmán?

LEONOR:

(¡Mal año! ¿Qué ojos le echó Aparte
al inocente criado!
Sin duda que ha sospechado
que el secreto descubrió.

ALDONZA:

¿Qué dudáis?

ROMÁN:

Aldonza, yo

soy...

ALDONZA:

¿Vos sois?

ROMÁN:

Soy extranjero,
digo, y a ese caballero
no conozco.

ALDONZA:

Toda estoy
turbada con el "yo soy"
que pronunciasteis primero;
que es don Diego de Guzmán
el que por fama me mata,
y esa persona retrata
las señas que de él me dan.

ROMÁN:

¿Tan gallardo y tan galán
soy, que a parecerme llego
al que os causa amor tan ciego?

ALDONZA:

Pues para que otra mas alta
que yo os estime, ¿qué os falta
mas a vos que ser don Diego?

ROMÁN:

¡Quién fuera don Diego!

ALDONZA:

¡Bien!
¡Qué falso estáis!

ROMÁN:

Si yo fuera
tan venturoso, ¿estuviera
con vos falso? Aldonza, ¿quién
no gozara tanto bien
si fuera don Diego?

ALDONZA:

¿Luego
sólo eso os falta?

ROMÁN:
Estoy ciego.

ALDONZA:
Pues sí no lo vi jamás,
y le parecéis, ¿hay más
que fingir que sois don Diego?

ROMÁN:
Tras tan claro desengaño,
fingirlo ¿qué me importara?

ALDONZA:
Tal estoy, que eso bastara
para remediar mi daño.

ROMÁN:
Pues si es bastante el engaño,
que soy don Diego haced cuenta.

ALDONZA:
Yo estoy con eso contenta.

ROMÁN:
Y yo muriendo por vos.

ALDONZA:
Y yo por vos.

LEONOR:
¡Gloria a Dios,
que llegamos a la venta!

ROMÁN:
¿Seré tu esposo?

ALDONZA:
No doy
favor a quien no ha de serlo.

ROMÁN:
¿Cuándo podré merecerlo?

ALDONZA:
A obligarme empiezas hoy.

ROMÁN:

Sí; mas si en la cumbre estoy
de tu favor, ¿ya qué resta?

ALDONZA:

Aunque el alma esté dispuesta,
aun no lo está la ocasión,
si atiendo a la obligación
de cuerda, noble y honesta.

ROMÁN:

La dificultad mayor
en declararse consiste.

ALDONZA:

Haz cuenta, pues, que venciste
si ya te he dicho mi amor.

Hacen que se van

ROMÁN:

En la esperanza hay temor;
la posesión asegura.

ALDONZA:

Si has de estimar mi hermosura,
deseos te ha de costar;
que alcanzar sin desear
da desprecio a la ventura.

ROMÁN:

Antes da la brevedad
al bien calidad mayor.

ALDONZA:

La estimación es menor
si es mayor la calidad
demás que a decir verdd,
es templo la dilación
de tu vida o mi opinión.

ROMÁN:

¿Qué temes?

ALDONZA:

Lo que dirán,
y los celos de don Juan,
de quién sabes la pasión.

ROMÁN:
Presto don Juan no será
importante impedimento.

ALDONZA:
¿Cómo?

ROMÁN:
Porque el sentimiento
en estado le pondrá,
si algo sé, que no podrá
ser digno de tanto bien,
aunque ablandes tu desdén.

ALDONZA:
Pues con eso seré luego
tu esposa, si eres don Diego.

ROMÁN:
¿Y si no lo soy?

ALDONZA:
También.

ACTO TERCERO

Salen don JUAN y TRISTÁN, de noche

TRISTÁN:
Agora te contaré,
pues ya las trasformaciones
te he dicho de los doblones,
el remedio de que usé
contra el encanto que así
infamarme solicita,

JUAN:
Dilo pues.

TRISTÁN:

De agua bendita
un vaso, señor, henchí,
y dentro de ella el dinero
entregué al doctor, seguro
de tramoyas, que el conjuro
contra su virtud es huero.

JUAN:

¿Qué diabólica legión,
atenta solo a mis males,
de los reinos infernales
conduce al mundo Plutón?

TRISTÁN:

Todo es encanto, y es tanto,
que estoy ya flaco de miedo.

JUAN:

Con esta espada, si puedo,
he de vencer el encanto.

TRISTÁN:

Un hombre viene, señor.

JUAN:

Véte a recoger.

TRISTÁN:

Sin duda,
pues que tripulas mi ayuda,
has creído mi temor;
mas ¿cuándo Tristán ignora
tu pecho?

JUAN:

En teniendo efeto,
te descubriré el secreto
que es fuerza callar agora.
Véte.

TRISTÁN:

Si has de pelear,
el obedecerte es justo;
que en cosas más de mi gusto
no suelo yo porfiar.

Vase TRISTÁN

Salen ROMÁN y el DEMONIO, de noche y hablan los dos aparte

DEMONIO:

Éste es don Juan, que en la calle de Aldonza está en centinela; pues don Félix se desvela con sospechas, engañalle tu pretensión dispondrá; que la persona fingiendo yo de Félix, y saliendo de cas de Aldonza, creará su agravio.

ROMÁN:

Con eso fío que por lo menos de intento mudará en su casamiento, y dará lugar al mío.

DEMONIO:

No puede hacer la verdad más efecto.

ROMÁN:

Hablarle quiero para acreditar primero su traición y mi amistad.

JUAN:

(Si es Félix, aquí verán Aparte sus traiciones el castigo que merece un falso amigo.)
¡Ah, caballero!

ROMÁN:

¿Es don Juan?

JUAN:

¿Quién lo pregunta?

ROMÁN:

Quien sólo

os busca para mostraros
cuánto os estima, con daros
un aviso.

JUAN:
¿Es Demodolo?

ROMÁN:
El mismo y porque veáis
ya mi amistad, ya mi ciencia,
quise que a mi diligencia
el desengaño debáis;
que vuestros ojos verán
que don Félix está agora
gozando de la que adora
vuestro ciego amor, don Juan.

JUAN:
Qué decís!

ROMÁN:
No me ha mentido
quien me lo ha dicho jamás.
No puedo deciros más;
y si no me habéis creído,
aquí pienso acompañaros
hasta que lo averigüéis,
y a lo que determinéis,
si algo os importo, ayudaros.

JUAN:
Yo estimo el ofrecimiento;
pero mal os lo pagara
si conmigo os arriesgara
en la venganza que intento.
Solamente me ayudad
en esto con el secreto.

ROMÁN:
Como amigo os lo prometo.

JUAN:
Recogeos pues, y dejad
lo demás a cargo mío.

ROMÁN:

Pues solo queréis tomar
venganza, por no agraviar
vuestro valor, no porfío.

Habla aparte al DEMONIO

Agora es tiempo.

DEMONIO:
Á cumplir
parto al punto lo que ordenas.

Vase

ROMÁN:
(Con esto el fin de mis penas Aparte
pienso, Aldonza, conseguir.)

Vase ROMÁN

JUAN:
¿Es posible que es liviana
Aldonza, y Félix traidor?
¿Tanto en él pudo el amor,
tanto en ella la inhumana
potestad que la ha hechizado?
Mas no hay hechizos; bastó
ser ella mujer, y yo
un hombre tan desdichado.
Mas yo, ¿para qué me pierdo
por una mujer, error
que juzga por el mayor
y por sin disculpa el cuerdo?
Más, aunque de esto me acuerde,
déme el más cuerdo a entender
por qué se puede perder
quien por mujer no se pierde.
Pero mi enemiga ha abierto
la puerta, y un hombre ya
sale; esto es hecho.

Sale el DEMONIO, que ha tomado la forma de don FÉLIX

¿Quién va?

DEMONIO:

¿Quién lo pregunta?

JUAN:

(Ello es cierto; Aparte
que su voz no me ha engañado.)
Traidor, éste es el castigo
que merece un falso amigo.

Saca la espada, y dale

DEMONIO:

¡Yo soy muerto!

Cae dentro

JUAN:

Y yo vengado.

Vase. Salen LEONOR y doña ALDONZA, acabando de
leer una carta

LEONOR:

¿Qué te escribe?

ALDONZA:

La probanza
De mi ya segura gloria.
Dice que es cierta la historia
En que fundo mi esperanza.
Todas las señas, Leonor,
Con que retrata a don Diego,
son las que mi pecho ciego
idolatra en el doctor.

LEONOR:

No tienes ya, según eso,
qué dudar ni qué temer.

ALDONZA:

Solo temo ya perder
con tanta ventura el seso.

LEONOR:

Él viene.

ALDONZA:

A solas le harán
mis porfías declararse.
Véte.

LEONOR:
(Al fin vendrá a quedarse Aparte
en el aire el buen don Juan.)

Vase. Sale ROMÁN

ROMÁN:
Ya, Aldonza, no impedirá
don Juan nuestro pensamiento,
pues el celoso tormento
le privó de seso ya.

ALDONZA:
¿Loco está?

ROMÁN:
No os lastiméis.

ALDONZA:
Yo le aborrezco de suerte
que aun diciéndome su muerte
lastimarme no podéis.

ROMÁN:
Él, pues, ha dado en decir
que es Félix, su amigo estrecho,
el que mudar os ha hecho;
y que viéndole salir
de vuestra casa a deshora,
le dio muerte; y lo ha creído
d modo, que retraído
está por el caso agora.

ALDONZA:
¿Luego vive Félix?

ROMÁN:
Vive
bueno y sano.

ALDONZA:
¿Qué decís?

ROMÁN:

Probar podéis lo que oís,
si alguna duda recibe.

ALDONZA:

¿Tanto lo ha sentido? Tanto
pudieron con él los celos?

ROMÁN:

Piedades son de los cielos,
codolidos de mi llanto.

ALDONZA:

¿Y cómo os va de don Diego?

ROMÁN:

Si con el alma que os doy
os consuelo cuanto soy,
¿por qué lo que soy os niego?
Don Diego soy. Verdad es
cuanto os han dicho de mí
y desde la corte aquí
la estampa de vuestros pies
vine borrando, señora,
con mis labios; que ésta fue
la ocasión por que tomé
el nombre que finjo agora.
Quiso mi padre obligarme
a ser de otra dama esposo,
y por él me fue forzoso,
como por vos, ausentarme.
El temor de la opresión
de mi padre si me hallara,
hizo que el nombre mudara;
y por tener ocasión
de poderos dar indicio,
bella Aldonza, de mi amor,
tomé oficio de doctor,
que es licencioso este oficio.
Si ántes os negué quién soy,
fue porque son enemigos
del secreto los testigos;
mas ya que con vos estoy
a solas, y satisfecho,
por lo que importa a los dos,

de que está segura en vos,
la llave os doy de mi pecho.
Y puesto que la locura
de don Juan lo facilita,
vuestro amor, señora, admita
lo que ofrece la ventura.

ALDONZA:

En mi firme voluntad
no pongáis duda, señor,
cuando vos sabéis mi amor,
y yo vuestra calidad.
Mas mi mudanza es forzoso
primero justificar,
publicando en el lugar
que don Juan está furioso;
pues sus deudos y los míos
se ofendieran de otra suerte,
y temo que en vuestra muerte
castiguen mis desvaríos.

ROMÁN:

No temáis; que al mismo instante
que os merezca, me podré
declarar; con que seré
a refrenarlos bastante.
Mas porque el temor evite
que su indignación os da,
para hacerlo, ¿basta
que don Juan lo solicite?

ALDONZA:

Claro está; mas ¿de qué modo
le obligaréis?

ROMÁN:

Quered vos;
que el Amor, señora, es dios;
su industria lo alcanza todo.

ALDONZA:

Y yo de vuestra prudencia
mayores empresas fío.
Disponed de mi albedrío.

ROMÁN:

Parto pues. Dadme licencia;
que cada instante es eterno
antes de la posesión.

Vase

ALDONZA:
Los puntos de dilación
trueco yo a siglos de infierno.
Si es verdad, dichosa he sido.
¡Leonor!

Sale LEONOR

LEONOR:
¿Qué me mandas?

ALDONZA:
Parte
al punto a certificarte
si está don Juan retraído.

LEONOR:
¿Retraído? Pues, ¿qué exceso
tan grave pudo emprender
que le obligue a retraer?

ALDONZA:
Dicen que ha perdido el seso
de celos; y da en decir
que ha muerto a Félix, su amigo,
porque de verse conmigo
anoche le vio salir.

LEONOR:
¿Matóle?

ALDONZA:
Falsa es la muerte
como la causa lo fue.
Haz lo que te digo.

LEONOR:
Iré
con alas a obedecerte.

Vanse. Sale un DEMONIO, en figura y traje de sacristán, con unos panecillos y una bota de vino

TRISTÁN:

Saber quisiera, sacristán divino,
pues de esta iglesia sois el inquilino,
si hay en ella fantasmas y visiones
que a golpes, bofetadas, pescozones
los retraídos huéspedes regalen?

DEMONIO:

Pues, ¿qué os ha sucedido?

TRISTÁN:

Toda la santa noche me han molido,

DEMONIO:

(Castigos son que da a tu a trevimiento, Aparte
Román, de quien yo soy el instrumento
en la visible forma que he tomado
de sus mágicas artes obligado.)
Yo no sentí jamás tales asombros.
El miedo os fingirá espíritus malos.

Mete en un arca el pan y vino, y échale la llave

TRISTÁN:

El miedo asombros da, pero no palos.
Mas, ¿qué es lo que guardáis

DEMONIO:

Es pan y vino
de una ofrenda.

TRISTÁN:

A extremado tiempo vino,
si queréis convidarme.

DEMONIO:

Esto es del cura.

TRISTÁN:

Nunca de vuestra mala catadura
esperé yo más virtuoso oficio.

DEMONIO:

Ser de lo ajeno liberal, es vicio.

Vase y hace caediza la llave

TRISTÁN:

¿Engañome o cayósele la llave?

Alza la llave

Sí. De su cortedad he de vengarme.
Mas ¿si vuelve? ¿Qué importa? ¿Ha de matarme?
Pues de la bota soy amante ciego,
Un chupón le he de hacer, y suplir luego
con agua el hurto, y no seré el primero
que achaca su delito al tabernero.
Abrid quedo, Tristán, porque el rüido
no descubra el delito; que andaremos
al morro el sacristán y el retraído.

Abre el arca, y aparece un difunto; deja TRISTÁN caer la tapa
y ciérase el arca

¿Qué es esto? ¡Verbum caro! ¡Anima Christi!
El arca en ataúd se ha convertido,
y con el vino el muerto ha revivido.

Sale el DEMONIO, de sacristán

DEMONIO:

¿Qué es aquesto, Tristán? ¡Oh qué mal hueles!

TRISTÁN:

Informan de mi miedo esos papeles.

DEMONIO:

ues, ¿de qué le has tenido?

TRISTÁN:

En este punto
esa arca abrió un difunto,
y en ella se ha escondido.
La hora es ésta que el vino se ha bebido.

DEMONIO:

Mal la disculpa de tu error trazaste.
Cayóseme la llave, y tú la hallaste,

y al muerto tu delito has imputado.

TRISTÁN:

Por estos ojos el difunto he visto
dentro del arca, voto a Jesucristo.

DEMONIO:

No jures; que me ofendes con nombrarle.

TRISTÁN:

Perdona. (El sacristán es un bendito.) Aparte

DEMONIO:

Quiérote convencer de tu delito.

Abre el arca, y no hay en ella más que el pan y el vino

¿Qué es del cadáver? ¿Ves tus invenciones?

TRISTÁN:

¿Qué me queréis, fantasmas y visiones?

DEMONIO:

Basta, Tristán. Yo quiero convidarte,
porque sin duda estás necesitado,
pues hurtar intentabas en sagrado.

Saca el pan y el vino

TRISTÁN:

El cielo te lo pague; que el desvelo
desde que media noche era por filo,
me tiene, como dicen, en un hilo.

DEMONIO:

Desayúnate pues.

El pan se vuelve en ceniza, y el vino en tinta

TRISTÁN:

¡Jesús mil veces!

DEMONIO:

Calla ese nombre.

TRISTÁN:

¡Ah, perro! ¿Lo aborreces?
Pues mil veces Jesús.

Huye el DEMONIO. Sale LEONOR, con manto

LEONOR:
Tristán, ¿qué es esto?

TRISTÁN:
¡Que no me valga a mí, por desdichado,
contra los diablos el lugar sagrado!

LEONOR:
¿Qué tienes?

TRISTÁN:
¡Ay Leonor! Dos mil demonios
esta noche, que he estado retraído
por la muerte de Félix, me han curtido,
y agora un sacristán, o yo estoy ciego,
o se ha desaparecido echando fuego.

LEONOR:
Ya conozco, Tristán, tus invenciones
desde aquel cuento de los cien doblones.

TRISTÁN:
¿Hay más desdicha? ¡Que en sucesos tales
aún no merezcan crédito mis males!

LEONOR:
Dejemos eso, y dime. Al fin ¿es cierto
que don Juan se retrajo porque ha muerto
a Félix?

TRISTÁN:
De eso puedo yo informarte,
como quien tuve en ello tanta parte.

LEONOR:
Di cómo.

TRISTÁN:
Mi señor, para matarle,
no quiso que yo fuese a acompañarle
mas como soy fiel, le fui siguiendo,

y quedéme a cien pasos tras la esquina
de la calle en que tuvo la mohina.
Salió don Félix de tu casa, cierra
don Juan con él, abrázanse y en tierra
dieron los dos, mas mi señor debajo.
Yo, que puesto le miro en tal trabajo
desde la esquina donde estaba tiro
la daga a Félix... Yo propio me admiro;
pues estando abrazados, sin que un pelo
a mi señor cortase mi destreza,
le di a Félix con ella en la cabeza,
y como peje rey quedó ensartado
por las sienas, del uno al otro lado.

LEONOR:
¡Temerario mentir!

TRISTÁN:
Si por ventura
sospechas que te engaño,
ves allí a mi señor.

LEONOR:
(¿Hay tal locura? Aparte
Sin duda son hechizos que le han dado,
como a Aldonza, a don Juan y a su criado.)
Quédate a Diós, Tristán; que no venía
a saber otra cosa.

Vase LEONOR

TRISTÁN:
Leonor mía,
aguarda. ¿Así te vas?

Al irse LEONOR, le tira TRISTÁN del manto, y ella al entrar
descubre en las espaldas un figurón, cayéndosele el manto

¡Otra tenemos!
¡San Jorge! ¡Qué visión!

Salen don JUAN y don PEDRO

JUAN:
Tristán, ¿qué tienes?

TRISTÁN:

Temblando estoy. ¿No dicen que en la iglesia
no puede entrar el diablo?

PEDRO:

Son consejas
de ignorantes, de niños y de viejas.

TRISTÁN:

Pues como ahora con vosotros hablo
he hablado cara a cara con el diablo.

JUAN:

Siempre el temor te forma esas visiones.

TRISTÁN:

Vive Dios, que es verdad.

JUAN:

Deja invenciones;
que no es tiempo de gracias.

TRISTÁN:

En efeto,
quiero callar; que no será discreto
el que contare cosas que no espere
que las ha de creer quien las oyere.

PEDRO:

Proseguid vuestro suceso.

JUAN:

Sabiendo al fin, como os digo,
la traición de tal amigo,
perdi de cólera el seso;
y siendo esta noche espía
vigilante con los celos,
cuando estrellas a los cielos
y sueño al mundo esparcía,
de casa de Aldonza vi
que mi enemigo salió.
Habléle, y me respondió,
y en la voz reconocí
ser Félix; y despechado
con la ofensa, le maté;
y aunque perdido quedé,

quedé, en efecto, vengado.

TRISTÁN:

Venimos a retraernos
luego a esta iglesia, y barrunto
que en venganza del difunto
se han soltado los infiernos.
Y como nunca ha sabido
el demonio hacer justicia,
castiga en mí su malicia
lo que yo no he delinquido.

PEDRO:

¿Estáis cierto en que murió
Félix allí? Que hasta ahora
ni lo ha sabido Teodora,
ni la fama divulgó
en el lugar nuevas tales.

JUAN:

Por no dudarlo, le di,
después que muerto le vi,
mil estocadas mortales.

Sale don FÉLIX, hablando con un CRIADO

PEDRO:

¿No es don Félix el que llega
a la iglesia?

JUAN:

¿Desvarió
o sueño?

TRISTÁN:

Él es. Amo mío,
¿a mí también me la pega?

PEDRO:

Qué es esto, don Juan?

JUAN:

No sé.

TRISTÁN:

O hay otro Simón en Troya,

o éste es Félix de tramoya,
o el que mataste lo fue...

JUAN:
¿Quién se ha visto tan confuso
como yo?

TRISTÁN:
O él, de gallina,
te dió con la mortecina,
o tú eres valiente al uso
de estos que con invenciones
se suelen acreditar.

JUAN:
La vida me han de acabar
tan terribles confusiones.
Mas si es tan grande hechicero
que el seso a Aldonza quitó,
¿quién duda que se libró
por encanto de mi acero?

Al Criado

FÉLIX:
Esto has de hacer con cuidado.

CRIADO: Siempre con él te serví.

Vase

TRISTÁN:
¿Qué habemos de hacer aquí;
que llega el resucitado?

FÉLIX:
Don Juan, por haber sabido
de vuestra hermana Teodora,
yendo a buscaros agora
que estábades retraído,
vengo celoso, por Dios,
de no haber participado
del caso, y haberme hallado,
si sois mi amigo, con vos
en el suceso que pudo
causar esta novedad.

JUAN:
(¡Que así me finja amistad!) Aparte

FÉLIX:
¿Cómo, don Juan, estáis mudo
y recatado conmigo?

JUAN:
(¿Qué es esto cielos? ¿Qué haré? Aparte
Si anoche me declaré
por su mortal enemigo,
si me di por ofendido
cuando salió de agraviarme,
y él lo vio, ¿cómo he de darme
aquí por desentendido?)

FÉLIX:
Colijiendo voy cuán poco
de mi amistad confiáis,
pues la respuesta dudáis.

PEDRO:
(Don Juan sin duda está loco, Aparte
o es Félix Ulises griego
en engañar y fingir.)

Aparte a don JUAN

TRISTÁN:
Señor, ¿cómo has de salir
de laberinto tan ciego?

JUAN:
(Ya el ingenio me ha ofrecido Aparte
una importante invención.
Yo he de acusar su traición
sin darme por entendido.)
De verme tan recatado,
don Félix, no os espantéis;
que en el suceso veréis
si con causa lo he callado.
Yo supe que cierto amigo
fingido, traidor, infiel,
profesando yo con él
la amistad que vos conmigo,

me ofende en la pretensión
de Aldonza. Vile salir
anoche de conseguir
por dicha la posesión.
Yo, que de agraviado estoy
loco, desnudé la espada,
y a la primer estocada
cae diciendo, "¡Muerto soy!"
Pero yo, aun no satisfecho,
aunque muerto le juzgué,
abrirle al alma intenté
muchas puertas en el pecbo.
Vine a retraerme al punto
a este templo, y he sabido
agora que ni aun herido
está cuanto más difunto;
que se libró de mi acero
por hechizos; que el traidor
tiene más de encantador
que de honor de caballero,
y muerto se me fingió
de temeroso y cobarde,
..... [-arde;]
y aunque entonces me engañó,
no presuma el hechicero
no ser vencido jamás;
que alguna vez podrá más
que sus conjuros mi acero.
(Bien se lo he dado a entender.) Aparte
FÉLIX: El ha sido caso extraño;
mas el autor de ese engaño
quisiera, don Juan, saber,
si fiáis de mi amistad;
que sabré morir por vos.

JUAN:
(¿Hay tal fingir? ¡Vive Dios Aparte
que es la misma fálsead!)
Don Féiix, solo os podré
decir, pues me preguntáis
quién es, que si lo ignoráis
vos tampoco lo sé;
y adiós que los dos tenemos
un negocio que tratar.

FÉLIX:

Adiós. (¿En qué han de parar Aparte
estos confusos extremos?)

Vase don FÉLIX

JUAN:
Sin seso voy de corrido.

PEDRO:
Y yo lo voy de admirado.

TRISTÁN:
O el demonio se ha soltado,
o mi amo ha enloquecido.

Vanse los tres. Salen ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN:
En habiéndole propuesto
que de la injusta mudanza
de Aldonza tome venganza
con la ficción que he dispuesto,
ponle en la imaginación
que yo la persona sea
que lo finja, si desea
ver de ello la ejecución.

DEMONIO:
Poco satisfecho estás
de que penetro tu intento.
Proponle tu pensamiento,
y déjame lo demás;
que fuera de eso, de modo
sus sentidos turbaré,
que entero crédito dé
y consentimiento a todo.
Él viene.

Sale don JUAN

JUAN:
Doctor amigo,
loco estoy.

ROMÁN:
Tenéis razón.

Ya sé, don Juan, la ocasión,
pues de su justo castigo
por encanto se ha librado
Félix.

JUAN:
Vos me aconsejad,
pues que de vuestra amistad
y saber me he confiado.

ROMÁN:
Don Juan, vuestro mal con vos
no puede más que conmigo,
después que la ley de amigo
hizo un alma de las dos;
y así, quiero en este intento
lo que importa aconsejaros,
y hasta morir ayudaros.

JUAN:
Decid, pues.

ROMÁN
Estadme atento.

Para lograr vuestro amor,
busquemos un forastero
no conocido, que sea
pobre y de vil nacimiento,
y dando a entender a Aldonza
y a sus deudos que es don Diego,
de que inducirá testigos
mi industria y vuestro dinero,
sin daros por entendido
del agravio que es ha hecho
con don Félix, le decid
que ya que vuestros deseos
desprecia, vos por mostrarle
que es vuestro amor verdadero,
en cambio de sus ofensas
solicitáis sus aumentos.
siendo un pródigo interés
de este delito el tercero,
con él habéis de tratar
que en el obscuro silencio
de la noche de sus bodas,

en cambio de él, vos el lecho
de doña Aldonza ocupéis.
Después de gozarla, el truco
desharéis, y él otro día
se ausentará porque el riesgo
de ser descubierto evite.
Mataréis a Félix luego;
que yo me obligo a trazarlo.
Descubriráse el enredo,
quedará burlada Aldonza,
cumplido vuestro deseo,
vuestro ofensor castigado,
y vos vengado y contento
o perderéis por todo,
ya que resolvéis perderos.

JUAN:

Pues, Demodolo, vos sois
de cuya amistad e ingenio
la ejecución de este caso
fiar solamente puedo.
Forastero sois, y en Deza
no conocido, y no espero
que como vos pueda alguno
acreditar que es don Diego;
que con tan bizarras partes,
ya del alma, ya del cuerpo,
para serlo solo os falta
el nombre de caballero.

ROMÁN:

(Ya me ruega con su dama. Aparte
Agora he de hacer que él mismo
me lo pague.

JUAN:

Demodolo
¿dudáis?

ROMÁN:

No penséis que el riesgo
me acobarda, ni el perder
las riquezas de este pueblo;
que lo que a dudar me obliga
es solo haber de perderos,
siendo forzoso ausentarme.

JUAN:

No perderéis; que supuesto
que mis delitos también
me han de obligar a lo mismo,
adonde quiera que vais
acompañaros prometo.

ROMÁN:

Con eso me determino,
y luego a trazar comienzo
invenciones con que entiendan
en Deza que soy don Diego.

JUAN:

Yo a juntar voy, para daros,
cuantas riquezas poseo,
y a tratar con mi enemiga
el fingido casamiento.

Vase

ROMÁN:

Aldonza me dé la mano
que con sus engaños mismos
a de engañarse don Juan.
Pues ha publicido el pueblo
que soy don Diego, han de darme
su cautela y su dinero
y mis artes fuertes armas
contra él mismo; y porque el riesgo
huya mejor, con hechizos
le he de hacer que pierda el seso,
y la vida si me importa.
Pues que me ayuda el infierno
gozaré de Aldonza bella;
y antes que descubra el tiempo
mi delito, ausentaréme,
pues por la mágica puedo
penetrar en breves horas
los más apartados reinos;
con Aldonza si me agrada,
sin ella si la aborrezco;
que no siempre son iguales
las pasiones y el deseo.
Y a lo menos rico iré

a tan remoto hemisferio,
que no siendo conocido,
viva alegre y sin recelo
de castigos ni venganzas.
Bien lo trazáis, pensamiento,
si piadosa la Fortuna
facilita los sucesos.

Vase. Salen don JUAN, doña ALDONZA, TRISTÁN
y LEONOR

JUAN:
Hermosa Aldonza, esto he hecho
por mostrar, cuando a venganzas
me obligan vuestras mudanzas,
que atiendo a vuestro provecho.
Y porque ninguno en Deza,
cuando no os merezco yo,
blasone que os mereció,
goce de vuestra belleza
don Diego, que es forastero,
y os merece, y no me ofende,
pues vengo en lo que él pretende
a ser yo mismo el tercero.
Á la corte iréis, y así
aplacaré mis enojos
con no tener a los ojos
la ventura que perdí.

Aparte a don JUAN

TRISTÁN:
No te empeñes; que estás ciego,
Y es de veras el doctor
don Diego.

JUAN:
¡Qué loco error!

TRISTÁN:
Me quemén si no es don Diego.

JUAN:
Lo que obra el enredo es todo
traza del doctor y mía.

TRISTÁN:

Tú pagarás tu porfía
cuando estés puesto de lodo.

ALDONZA:

¿Qué es lo que os dice Tristán?

JUAN:

Viene, señora, admirado
de que el doctor disfrazado
es don Diego de Guzmán.
Dilo; que ya no es secreto,
y en eso me fundo yo.

TRISTÁN:

(Estoy por decir que no, Aparte
para impedirle el efeto.)

ALDONZA:

(Ya lo entiendo. Concertado Aparte
viene a la invención Tristán.
Piensa engañarme don Juan,
y es él solo el engañado.)
Ya que la suerte, a los dos
contraria, don Juan, en esto
de manera lo ha dispuesto
que no os dé la mano a vos,
daros gusto en eso es justo,
por mostrar que si no hubiera
inconveniente, os la diera
quien la da por vuestro gusto,
asegurándome vos
que es don Diego.

JUAN:

Por mi cuenta
correrá, Aldonza, la afrenta
y venganza de los dos.
Cuanto más que si yo soy
don Juan, él don Diego.

TRISTÁN:

¡Y cómo!

JUAN:

Y ya digo que lo tomo

yo por mi cuenta.

ALDONZA:

Y yo estoy
contenta con eso, y quiero
casarme, aunque no lo fuera.

JUAN:

(Como una simple cordera Aparte
da la garganta al acero.)

LEONOR:

(¡Qué alegre está y engañado!) Aparte

Aparte a TRISTÁN

JUAN:

Parte a llamar al doctor.

TRISTÁN:

Que te despeñas, señor.

JUAN:

¿Quieres no ser porfiado?

TRISTÁN:

Que es don Diego.

JUAN:

Pues don Diego,
Quiero que la mano dé
a Aldonza.

TRISTÁN:

Con eso iré.

Vase TRISTÁN

JUAN:

Advierte que venga luego;
que importa la brevedad,
Aldonza; que publicado
que es don Diego, en lo tratado
temo alguna novedad
por la mucha diligencia
de su padre.

ALDONZA:
El sí fue mío,
y ponga vuestro albedrío
lo demás.

JUAN:
(¡Con qué inocencia Aparte
va admitiendo mi venganza!)

Aparte a doña ALDONZA

LEONOR:
¿Viste enredo más extraño?
Él se engaña con su engaño,
y tu cumples tu esperanza.

Hablan las dos aparte. Sale don FÉLIX

FÉLIX:
Don Juan, amigo...

JUAN:
(¡Ay de mí! Aparte
¿Si viene a estorbar mi intento?)

FÉLIX:
Si es fin de vuestro tormento,
tendré el hallaros aquí
a gran dicha.

JUAN:
(Su intención Aparte
entiendo.)

FÉLIX:
Mas escuchad,
don Juan, una novedad
que os causará admiración.

JUAN:
¿Y es?

FÉLIX:
Que el doctor es don Diego
de Guzmán.

JUAN:
Más ha de un día,
Félix, que yo lo sabía.

FÉLIX:
Dicen más, que el amor ciego
de Aldonza le trajo a Deza,
de la corte.

JUAN:
También sé
esa verdad.

FÉLIX:
Pues él fue,
sin duda, quien su belleza
mudable con vos ha hecho;
y es bien que sienta el castigo,
si vos queréis.

JUAN:
(¡Ah enemigo! Aparte
Celos te abrasen el pecho.)
Ya la venganza prevengo.

FÉLIX:
Él viene.

Salen don PEDRO, ROMÁN, el DEMONIO y
TRISTÁN

ROMÁN:
Haberme llamado
don Juan con tanto cuidado,
por buen pronóstico tengo
de la ventura que espero.

JUAN:
Aldonza, informada ya
de los méritos que os da
el ser tan gran caballero,
premia vuestras penas hoy.
Solo aguarda vuestra mano.

ROMÁN:

¿Quién no envidia el bien que gano?
La mano y el alma os doy
si puedo a tal posesión
llegar sin perder el seso.

Cuando va a dar la mano, entran dos FAMILIARES del Santo Oficio,
con la insignia en el pecho, y estórbanlo y
préndenlo

FAMILIAR 1:
Román Ramírez, sed preso
por la Santa Inquisición.

TRISTÁN:
¿No lo dije yo?

ALDONZA:
Román
es éste?

FAMILIAR 1:
El mismo que veis.

ROMÁN:
¡Ay de mi!

ALDONZA:
Ved lo que hacéis;
que es don Diego de Guzmán.

FAMILIAR 2:
¿Qué don Diego?

Aparte a ROMÁN

DEMONIO:
Mi furor,
Román, no os puede valer.
Aquí dio fin mi poder
porque el del cielo es mayor.

Vase

ROMÁN:
(¡Ah infiernos! ¿Cómo el concierto Aparte
vuestro no me favorece?)

ALDONZA:

¡Válgame el cielo! Parece
que de un gran sueño despierto.
Otro que me pareció,
me parece.

JUAN:

¡Yo estoy loco!

FAMILIAR 2:

Éste es Román, el que ha poco
que en Toledo castigó,
porque la ley sarracena
guardaba la Inquisición;
que es morisco de nación.

ROMÁN:

(¡Ah falso infierno! La pena Aparte
pago de mi desatino.)

TRISTÁN:

Agora caigo en la cuenta.
Éste es el que vi en la venta
mirar de mal al tocino.

FAMILIAR 1:

Andad, qué aguardáis, Román?

ROMÁN:

No por ser de ley extraña,
menos que a vos me acompaña
la ley natural, don Juan.
Obligado estoy por ella
a pagar tanta amistad.
Ya que la pierdo, gozad
sin temor de Aldonza bella;
que ni es Félix falso amigo,
ni jamás os ofendió.
Engaños son que trazó
la fuerza de amor conmigo.
Con hechizos procuraba
el soberano sujeto
de Aldonza; mas en efeto,
quien mal anda en mal acaba.

Vanse con él los FAMILIARES

TRISTÁN:

Allá vayas, hechicero,
donde me dejes vengado.

LEONOR:

Todo se ha desfigurado
del que pareció primero.

ALDONZA:

Dadme la mano, don Juan,
pues soy la misma que fui,
y vos sois ya para mí
tan gallardo y tan galán
como lo fuisteis primero
que nos mudase el encanto,
pudiendo en nosotros tanto
los artes de este hechicero.

JUAN:

Pues quedo tan satisfecho,
bella Aldonza, vuestro soy,
y a Félix los brazos doy.
[como, al fin, amigo estrecho.]
.....[Leonor]
.....[casados]

TRISTÁN:

Aunque van salpimentados
con casamiento, mi amor
lo estima, y tu mano espera.

LEONOR:

Bien lo debo a tu afición.

JUAN:

Y aquí, pidiendo perdón,
da fin esta verdadera
historia, que sucedió
año de mil y seiscientos.
En sus rebeldes intentos,
preso en Toledo murió
Ramírez, y relajado
en su estatua, por su ciego
delito pagó en el fuego

el cadáver su pecado;
llevando, pues se fiaba
de injustos medios Román,
el castigo del refrán
quien mal anda en mal acaba.

FIN DE LA COMEDIA